

EL CINE

REVISTA POPULAR ILUSTRADA



20 céntimos

JOHN GILBERT

el indiscutible primer galán del Arte Mudo que admiraremos la próxima temporada en la selecta producción de la Metro-Goldwyn-Mayer "El Diablo y la Carne" con la fascinadora GRETA GARBO

Año XVI - Núm. 793

23 de Junio de 1927



Después del éxito definitivo logrado en el **TEATRO TIVOLI** podrá admirarse desde hoy

Una extraña aventura de Luis Candelas

en

los Cines

Monumental

Padró



Excelsior

Walkyria



EXCLUSIVAS
S. HUGUET
BARCELONA

**SELECCIONES
PRODISCO**



¡Próximamente!

PRESENTACIÓN

— DE LA —

SUPERPRODUCCIÓN

El pirata de los dientes blancos

POR

Rod la Rocque

Y

Mildred Harris

PRIMERA PELICULA DE LA

"Lista de oro para 1927-28"

DISTRIBUIDORES: **Julio César, S A**
BILBAO - BARCELONA - MADRID - VALENCIA

AÑO XVI

NÚMERO 793

Propietario: MANUEL CORONAS
 Director: J. PEREZ DE LA FUENTE
 Administrador: JOAQUIN NOY
 Director musical: VICENTE QUIROS

EL CINE

REVISTA SEMANAL

Jueves 23 de Junio de 1927

Representante en Madrid:

MAURICIO IMBERT

Calle de Lope Rueda, núm. 9.

Centro general de reparto en Madrid:

DON MANUEL FERNANDEZ

Kiosco de periódicos del Paseo Recoletos.

Precio de subscripción: España, 2'50 ptas. trimestre. — Extranjero, 15 ptas. año. — Pago anticipado por giro postal
 Redacción y Administración: Séneca, 11 — BARCELONA. — Teléfono 2450 - G.

Una información sensacional

Un capital poderoso y un espíritu patriótico y moderno Tras de esto, toda la Cinematografía española

Tocando ya a su fin mi porfiada campaña en pro del arte cinematográfico nacional, encaminada particularmente a dar a conocer una de sus más seguras soluciones por medio de una empresa de acción gigantesca, me querido sintetizar en mis dos últimas crónicas cuál será el espíritu que ha de animar a dicha empresa, y cuáles los medios materiales con que ésta ha de contar para realizar sus fines.

Una generosa e inteligente orientación, y un capital, formidablemente amasado, han de conducir a dicha entidad productora a un éxito hasta ahora insospechado por cuantos ven en nuestra producción una situación desafortunada de impotencia con respecto a las grandes casas de producción de América y de Europa mismo.

En esta crónica voy a ocuparme preferentemente de la viabilidad de esta nueva producción nacional.

Lo primero que es necesario lograr para asegurar el éxito de una producción, es que esa producción sea buena. Pero aún esto logrado, queda otro punto importantísimo por resolver. «Una golondrina no hace verano.» Después de una buena producción, es obligatoriamente necesario, si se quiere llegar a un éxito comercial positivo, hacer otra producción mejor aún, si cabe, que la precedente. Y así sucesivamente, y porfiadamente también.

Pues qué, ¿creen muchos que una o varias películas aisladas, sin solución de continuidad, pueden situar a una firma?

Es este un error craso. Más que una buena película interesa crear una buena marca, para tener posibilidades de beneficios.

Porque una buena marca irroga una buena colocación mundial, que se obtiene paulatinamente a fuerza de tesón, y a costa de tenacidad. Sólo en una amplia y creciente situación universal estriba el negocio.

Pero para llegar a obtener un buen film, es también necesaria esta organización productiva.

He dicho antes que el éxito de una película estriba en que ésta sea buena, y ahora quiero demostrar que es posible, «a priori», tener la seguridad de este éxito, cuando se cuenta con todos los elementos necesarios para la producción.

Pero estos elementos que empiezan por las galerías, y acaban por una red mundial de alquiladores, no pueden improvisarse para una o varias películas aisladas. Y en esto consiste principalmente el secreto de nuestra hasta ahora mediocre actuación en la palestra cinematográfica.

Ahora falta sólo saber qué es lo que se considera como elementos esencialmente necesarios para producir.

Claro está que la existencia de un capital

más que suficiente puede allegar rápidamente estos elementos, pues no son desconocidos de nadie, pero aún es necesario tener en cuenta que en España no faltan personas de técnica depurada y de fina inteligencia para lograr lo que no es patrimonio exclusivo de nadie.

El hacer responsable a estas personas del

Comentarios

Las antecríticas

Nuestro querido colega madrileño «El Imparcial», hace tan acertadas aclaraciones sobre las antecríticas que, haciéndolas nuestras, copiamos a continuación.

De tal pueden titularse las que se hacen sobre las pruebas de las películas, y hemos creído siempre que toda orientación previa que se haga a un público que no tiene aún elementos de contraste, o que nada satisfizo por asistir voluntariamente a un espectáculo al que fué invitado, es siempre tendenciosa en ambos sentidos, según las personales simpatías o la preferencia del motivo literario que dió lugar a la película.

Por esta razón, y con otros colegas, hemos sido siempre enemigos de las críticas en las pruebas cinematográficas. Por nuestra parte, nunca hemos señalado, ni señalaremos, más defectos que aquellos que pueden ser corregidos para el estreno oficial.

Ni comercial, ni deferentemente, se puede hacer otra cosa.

Pero la antecrítica ha llegado a más: ha llegado a invadir el camino del supuesto. Ya no se juzgan las películas, en las pruebas; ya se hacen comentarios sobre proyectos, sobre trabajos preliminares, sobre preparaciones artísticas, sobre el guión no conocido, sobre la realización futura, sobre su resultado.

Y esto sí que no debe prosperar.

El antejuicio adverso mata ilusiones, crea incertidumbres, suscita recelos. Y el deber de quien empuña la pluma y toma el sagrado ministerio de la orientación artística por medio de la crítica, es alentar, marcar, corregir errores crasos y remediables.

Ningún padre trata de enmendar yerros o faltas de un hijo por medio del escándalo y sometiendo a la vindicta pública.

Si se quiere de verdad al nuevo arte y hay un interés por su prosperidad, quétese quietas las plumas hasta que la obra sea sometida al público juicio.

Lo pedimos fraternalmente; lo esperamos con confianza.

estado de inferioridad de nuestra cinematografía, sería tan injusto como tildar al buen abuelo Bleriot de falta de osadía por haberse reducido en 1912 a atravesar La Mancha, en lugar de haber saltado el Océano como «el gran loco de Linderberg» en 1927.

Nuestros directores, nuestros operadores, y nuestros artistas, con no ser en gran número, harían, sin duda, un papel auroso en cualquier foco cinematográfico mundial, rodeados de todo aquello que se requiere para una buena producción.

Se trata, pues, de utilizar este esfuerzo y este conocimiento adquiridos, de avalorarlos y de perfeccionarlos.

Para ésto, la entidad a que me refiero se ha asegurado el concurso de todos cuantos valores pueden calificarse en nuestro país de verdaderamente positivos, y a su servicio aún afluyendo, día por día, los restantes cinematografistas nacionales, constituyendo así un formidable núcleo de fuerzas útiles hasta ahora dispersas.

Con la construcción de unos modernísimos estudios y laboratorios en el Prat del Llobregat, se dotará a la elaboración de películas de las mejoras con que cuentan en otros países, y entonces veremos si estos directores están capacitados para realizar lo que otros efectúan.

Por último, se dará a todo el mundo facilidades para que pueda colaborar en la obra gigantesca de dignificación de nuestra industria cinematográfica, y quien lo desee, podrá acudir a los cursos de una academia de artistas y operadores, de la cual ha de salir una pléthora nueva que constituirá el futuro de nuestra cinematografía nacional.

Con todo ello, y en cuanto sea absolutamente necesario también, con otros importantísimos cinematografistas del extranjero, cuenta la sociedad para llevar a nuestra cinematografía al rango que por derecho propio le corresponde, y nótese que al agrupar a todas estas fuerzas, ha tendido preferentemente al futuro de nuestra producción y a la continuidad de la obra, que es, en definitiva, lo que ha de darle el triunfo en los mercados internacionales.

Y a esta suma de esfuerzos técnicos se ha de unir, prestandole un marco incomparable la maravilla de nuestra patria, tan rica en tradición y belleza, el alma de nuestro pueblo; sobria, misteriosa y pujante, y por último, el calor y el apoyo decidido de todos. Porque en ella irá prácticamente empeñado ante el mundo entero, que ya tiene conocimiento de ello, y ya lo espera, y ya lo teme, el honor de nuestra patria.

SANCHO DE ESPAÑA.

París, Junio de 1927.

Nuestros artistas de la pantalla, vistos por dentro

Carmen Viance, la dactilógrafa que nació para el arte mímico

LA «ESTRELLA», SU AMIGA,
MI PRIMO Y YO

Será paradoja, pero la más popular y conocida de las actrices de nuestra producción cinematográfica, constituye una incógnita que el tiempo se encargará de resolver...

Decir Carmen Viance equivale a decir la «Señorita del Incógnito», y sin embargo hay quien cree en España que Carmen Viance ha pasado de moda y que su trabajo, claro y sincero desde el principio al fin, dió de sí cuanto tenía que dar en la inolvidable «Casa de la Troya».

No es afán de profecía si no sincera intuición mi creencia de que a Carmen Viance, en el verdadero terreno de la personalidad, no la hemos «descubierto» todavía; sabemos que en ella el arte de sentir y expresar es una facultad de natura, pero ignoramos hasta dónde llega ese su arte, y cuál es el exacto valor de su propia calidad.

Fenómenos tales, son lógicos en nuestra defectuosa manera de producir en un arte tan amplio pero preciso, como el del cine; por eso el «caso» de Carmen Viance es digno de reflexión, como todos los casos de ejemplo ajeno que pueden influir sobre la experiencia propia.

A raíz del estreno de «Las de Méndez», última producción interpretada por la Viance, me entró el deseo de celebrar con ella una íntima entrevista que tuviera algo de confidencia o revelación amistosa; había que ocultar todo lo posible al periodista y obrar con los medios que la salvadora casualidad me deparase; se trataba de surgir, desconocido por fortuna, más ante la mujer que ante la artista, y lograr cautelosamente, una espiritual expansión. Averigüé que oía misa de doce los domingos en S. Ginés, y allí en el atrio, me crucé con ella, que salía de brazo de una amiga, sencillas las dos como modestas señoritas de la clase media: el rostro sin pintar, un poco pálido, la falda más bien larga que corta, color discreto el de los trajes y sombreros, y cogote sin afeitar, revelando la existencia del moño en su peinado... Era ella, la diáfana heroína de Pérez Lugín, la que podía ser heroína de todas las novelas españolas del siglo diez y nueve y de todas las novelas modernas de ambiente provinciano. ¿Rancia, cursi, «demodée», retrógrada, incompatible con nuestro siglo?... Nada de eso: puesto que no sigue la norma corriente, resulta, sin darse cuenta, una mujer original que tiene la valentía de afrontar las opiniones femeninas, para ella las más peligrosas; es una muchacha que se pone a sabiendas en un plan de inferioridad de atractivo porque posee, tal vez, el talento de reconocer que la modestia y la sobriedad brillan, a veces, tanto como la ostentación... Y al pasar la miré, y nos miramos un momento, por una de esas corrientes telepáticas que hacen vibrar nues-

tro sistema nervioso avisándonos de una simpatía que se nos ofrece sin reservas. Y eché detrás de las dos, riendo de mi plan y gozando de la tibieza primaveral del ambiente. Volvió su cabeza la amiga al llegar a la plaza de Isabel II, y cuchicheó con Carmen, que me miró también de soslayo y un poquitín burlona. Yo admiraba, no muy de lejos, la línea sencilla, un poquito de madre-



CARMEN VIANCE

cita buena, de «hermanaza» cuidadosa, de la protagonista de «Gigantes y cabezudos», y encontraba en ella una femineidad que carece hoy la mayoría del sexo contrario. Al llegar al número once de la calle de Campomanes, mis perseguidas se metieron en el portal — cosa por mí esperada —, y volvieron por vez última la cabeza, divertidas con mi fingido asedio... Presintiendo que no sería estéril, me preparé a soportar una espera, la «clásica» espera de los galanteadores callejeros, frente al portal; y cuando me disponía a encender un cigarrillo, sentí que me tiraban del bastón sostenido en mi antebrazo, me volví, no de buena gana y me topé con Gonzalo de Picola, mi primo, dibujante fácil y furibundo cineasta de buena ley, con su eterno blok de apuntes en la mano:

—¿Rondando «guayabas»?

—Sí, pero no para lo tú te figuras, pintamonas de alivio...

Y le puse al corriente, de manera pintoresca y abreviada, de lo sucedido y de lo que pensaba hacer. Me ofreció su concurso y, juntos, distrajimos media hora larga, haciendo salir a los balcones de la tranquila calle, las inevitables y tenaces «costillas» de vecindad.

Quien nos hubiera visto después tomar, en deliciosa camaradería de cuatro buenos amigos, un vermú con anchoas en la «playa» de Rosales, se hubiera sorprendido de la facilidad con que en Madrid se ponen a habla las personas desconocidas. Pero... os voy a revelar, lectorcitas maliciosas, en dos palabras, lo que mi buena estrella de informador me deparó en forma de mi oportuno primo; ¿no diréis que fué mucha casualidad?... pues, entonces, váis a saberlo enseguida: ¡su novia, la que él venía a buscar cuando tropezó conmigo, resultó ser nada menos que la amiga y acompañadora de Carmen Viance!... Los caprichos de la suerte y de la vida son así. Y yo, cuando al bajar las dos, según la establecida costumbre, para ir con mi primo a tomar el aperitivo al paseo de Rosales, fuí presentado a ellas en una escena de fuerte sabor cómico como un amigo argentino, de paso en Madrid, no sé cómo pude contener la risa. Carmen me miraba con el resquemorcillo de que fuera todo una emboscada inocente, para ponernos al habla, tramada entre su amiga, mi primo y yo, pero ya no pudo sustraerse al hecho de ser acompañada por... ¡Gustavo Vanceli, ingeniero boanerense en viaje de placer por España!... Y mi acento netamente porteño y mis «ingenuidades» a tono, acabaron por confiarla al rato de ir a su lado, en la clara mañana optimista. Su traje azul, vaporoso, pero no transparente, dejaba adivinar al suave contacto de la marcha, la morbidez de un cuerpo de incipiente matrona, de voluptuosidad quizá refinada, pero oculta, como un

fruto preciado y sabroso... Tomamos un tranvía, sin gente casi, y la charla se hizo franca, de pronto, jovial... al margen de toda información y de todo lo concerniente al cine. Mi primo Picola, guiándome un ojo, me animaba para meterme en situación, pero yo la esperé por sí sola, cuando Carmen, como la cosa más natural del mundo, me dijo con su dulce voz de ex colegiala:

—¿De modo que usted no es aficionado al cine?... Eso es imperdonable; y además, prepárese: yo soy artista de cine y no me llamo Carmen Hernández, como le ha dicho su amigo, sino Carmen Viance, ¿lo oye usted?... Carmen Viance...

Supe fingir entonces que no había oído su nombre en mi vida, explicándole que las pocas veces que pisé las salas cinematográficas lo hice siempre acompañado por mujeres, que me interesaban más, mucho más, que las que se reflejaban sobre el lienzo... Carmen hizo un mohín gracioso de ofendida, pero se confió en el fondo y empezó a revelarme su vida sin pedírselo, contenta. quizá de poder explayarse a su gusto con un extranjero admirador de su persona y no de su arte, un admirador más sincero que ninguno de sus admiradores, porque sabía admirar, sobre todas sus patentes cualidades de artista, sus bellas dotes de mujer...

—Yo nací para el cine, Gustavo, se lo juro, y aunque me llamen fría y calculadora de temperamento, la verdad es que mi arte se impone siempre a mi voluntad y a mi reflexión; — me decía Carmen, luego, sentada a la sombra y destocada su cabeza de ondulados cabellos castaños— mí nadie me ha enseñado a trabajar ante la cámara; nunca me asistido a las Academias, y los directores de mis películas, de mis ocho películas filmadas hasta hoy, parecían satisfechos de mi modo de accionar y sentir los papeles y no me han hecho correcciones de importancia; por lo tanto, lo mismo soy ahora como intérprete que cuando empecé.. Recuerdo que cuando el célebre paisajista Meiffren, mi iniciador en el arte mudo, me presentó a Buch, para ser probada, yo estaba completamente tranquila, aquello me parecía muy sencillo, y cuando dijeron andar, anduve, y cuando dijeron reír rei, y lloré, y simulé todos los estados del ánimo humano mientras sonaba la manivela del operador; y aquella facilidad o desenvoltura, aquella despreocupación hacia el objetivo me valieron el primer contrato: sustituir a la protagonista que iba a rodar «Mancha que limpia»... Y, a despecho de las exigencias de mi empleo en la Deuda, hice mi primera película, sufriendo regañinas muy serias en la oficina y en casa; y aquél trabajo primero mío sobre el celuloide, me valió ser escogida para la protagonista de la famosa producción de Pérez Lugín, triunfando de innumerables artistas probadas, antes y después que yo, para mi papel... Y surgió «Carmiña» de Castro Retén, porque viví las páginas de la novela tantas veces leída y paladeada... Y después, hasta «Las de Méndez», ni una sola ocasión de trabajar a gusto, amigo mío; quisiera no haber hecho si no esos dos cintas, la segunda y la última. Me han perjudicado tanto moralmente las otras, que no compensa el dinero que me dieron... Y aquí me tiene usted, con una afición inmensa, formidable, decidida, y sin embargo, no me atrevo a dedicarme por entero al cine porque él solo no me da para vivir; esa es la triste verdad. La escasa producción, los escasos sueldos, las escasas facilidades que encuentro en mi carrera a pesar de mi reputación artística, me hacen mirar hasta con cariño mi actual desempeño de mecanógrafa en la Presidencia del Directorio; son sesenta duros seguros y honrosamente ganados, ¿no?, que me proporcionan la satisfacción de mis gastos de mujer que no depende de nadie, y la de ayudar a mi familia... Dice usted que si tengo novio y que si pienso en casarme, ¡para tortas está el horno!; las preocupaciones por buscar un derrotero definitivo de mi arte, el que debió nacer conmigo, no me dejan pensar en esas «pequeñas» ambiciones de mujer vulgar; yo he nacido para artista de cine, tengo una fama bien adquirida en España que otras saben envidiarme, me creo con alientos y facultades para encarnar un papel por difícil que sea, pero... no he salido de España, no he podido salir de España. Y mi verdadera y firme ambición es esa: saltar la frontera con rumbo hacia lo desconocido... siempre que se me asegure siquiera un decente pasar, un sueldo que pueda compensarme la pérdida del empleo que disfruté y que gané tras dura oposición, matándome a estudiar en lo que no era mi gusto... Entonces, sí; ¡con toda mi alma me entregaría al sublime arte del cine! ¿Francia?, ¿Alemania?, ¿Norteamérica?... cualquier sitio de verdadera industria cinematográfica sería bueno, y yo, en él, la mujer más feliz del mundo, se lo juro, Gustavo...

La información está de sobra vencida. Carmen me ha dicho lo que no hubiera dicho a un periodista, porque me cree ingeniero argentino y refractario al cine... Puedo darme por satisfecho, y sin embargo late en mí una honda tristeza cuando abandonamos el paseo de Rosales, juntos y afines los cuatro como dos parejas de victoriosa juventud... Quizá sea porque llevo a mi lado una mujer que sabe plasmar el sentimiento y la poesía del loco vivir, una mujer de flexible corazón que, en su rostro sin pintar,

A un reporter ter revoltoso

Son ya dos las veces que un inquieto y movedizo reporter insulta, de manera ciertamente no acostumbrada en él, a todos los periodistas cinematográficos.

Fué la primera, en ocasión de extender patente de periodista a unos señores a quienes nadie, absolutamente nadie, excepción hecha de su propia labor, naturalmente, se la había negado.

Ha sido la segunda, ahora, al pretender defender una desgraciada producción española, que ni aún su propio autor, que dispone de bien cortada pluma, se ha sentido con fuerzas para vindicar ante la opinión pública.

No lamentamos que en el campo del periodismo cinematográfico comience a notarse ese hervor lleno de vitalidades que enciende las plumas en el fuego sagrado de la pasión y convierte el papel impuro en banderas de combate. Eso es saludable. Eso es conveniente. Eso es periodismo.

Lo que es lamentable, lo que se aparta por completo de toda ética profesional, es iniciar una polémica con insultos. Eso, por no ser, no es siquiera de hombres.

Somos muy modestos, tan modestos, que hasta hace muy poco no nos habíamos dado cuenta de que nosotros «también» éramos un poco periodistas, pero una cosa es la modestia, y otra cosa dejarse insultar impunemente.

Sépanlo, pues, de una vez los periodistas que ante nosotros no han sabido serlo: en esta casa, cuando se nos hable con la pluma pondremos la nuestra al servicio de nuestros puntos de vista y corresponderemos mo-jándola en el tintero profesional de la cortesía; pero cuando se nos insulte y se nos supongan intenciones que jamás hemos tenido, entonces contestaremos de un taconazo. Que se sirva a los amigos, bien, pero que para atender a intereses particulares, se suponga condicionada nuestra pluma, eso, no. Ni ahora, ni nunca, que conste.

tiene resortes de gesto que la elevan hasta el dolor o la alegría, una mujer que nació para sentir todas las emociones de su sexo, para vivir una doble existencia, prosáica la una y sublime la otra; y, siento de veras, de todas veras, amargamente arrepentido de mi farsa, no ser ese propio Gustavo Vanceli que forjó mi fantasía, porque así podría merecer lo que de Carmen Viance he conseguido: la sinceridad de una buena y espontánea amiga, su clara y sencilla sinceridad, ese precioso don que a los hombres tan contadas veces nos entrega una conocida o desconocida mujer... SANTIAGO AGUILAR.

Madrid, Junio, 1927.



La danza es ritmo, la línea es ritmo, la música, es ritmo, pero, ¿quién no pierde el compás?

Al paso de una insidia

Con ligereza imperdonable se ha deslizado insidiosamente en las columnas de algún periódico, cuya ética profesional debe ser esa, el infundio de que ciertas críticas alrededor de una película de producción nacional obedecían a influencias administrativas.

Nosotros, que somos unos periodistas modestísimos y sin patente, no nos habríamos atrevido nunca a suponer intenciones tales en un compañero que noblemente pone su firma al pie de lo que escribe.

De todas maneras, y para que las cosas queden en el lugar debido, nos conviene hacer constar que nuestra administración ha devuelto a la empresa explotadora de la película «La Marieta de l'ull viu», el anuncio que le había remitido, limitándose a aceptar, para su publicación absolutamente gratuita, los clichés fotográficos de algunas escenas de la misma. Eso es información de un suceso, y como somos esclavos del público, le servimos leal y noblemente. Así entendemos nosotros el periodismo.

Un tema inagotable

Los títulos y los subtítulos

Mucho se ha hablado y se habla, y no poco se ha escrito acerca de cómo son, en líneas generales, y cómo debieran ser, los títulos, subtítulos, adaptaciones o «ilustraciones» literarias de las películas, pero (y dicho sea sin ánimo de molestar a nadie), la casi totalidad de los que se han ocupado de la materia, la desconocen, mejor dicho, desconocen cómo se realiza esa labor; cómo se lleva a cabo esa especialidad literaria, que no es tan literaria como se cree y sí mucho más técnica de lo que parece...

Pero antes de entrar en materia, ya que nos proponemos decir, a propósito de esta cuestión, cuanto nos ha enseñado la experiencia, debemos dejar sentadas dos afirmaciones... que nos permitimos negar.

Es una de ellas la de que la película ideal, indudablemente, sería aquella que no necesitase de esas apostillas, obra del escritor, para su total comprensión, pero creemos, firmemente, que nunca se llegará a ello, porque los títulos, cuando están hechos a conciencia por quien tiene conciencia de lo que hace, son la salsa, el complemento imprescindible de toda obra de, o para la pantalla.

También ponemos en duda, ya que no lo neguemos en absoluto, que se llegue jamás al sincronismo perfecto para que la película hablada, o cantada, consiga reemplazar definitivamente a la película actual, y lo dudamos, entre otras razones, porque mientras las tiras de celuloide gelatinizado, o sea la película en sí, sean rompibles y desgastables, cualquier corte, por insignificante que sea, en la cinta, producirá una laguna en la acción; un salto, no perceptible a la vista, pero sí al oído, que destruirá todo sincronismo, pues no cabe suponer que al disco, cilindro, altavoz, o lo que sea, lo que produzca el sonido, complemento de la acción, se le pueda cortar igualmente, toda vez que si a una pieza musical se le quita un compás, sólo un compás, o a un diálogo una frase, quedarán manifiestamente incompletos, mientras que en la película no se percibe, y, eso que se les hacen, continuamente cortes y más cortes.

Resumiendo: Que no creemos en el



¡Cuánta miseria y vicio se adivina en esta escena de «La calle del olvido», toda crudeza!

«arte mudo», totalmente mudo, ni en la película que «hable sola», ni por tanto, en la desaparición absoluta y definitiva de los subtítulos y de sus redactores, más numerosos cada día, desgraciadamente, y no lo decimos por la competencia...

Y ahora abordemos el tema; pero vayamos por partes.

Respecto a los «títulos» de las películas; a «su nombre», por llamarle así, he



Esta pareja aparece en una escena de «Los hijos del trabajo», dirigida por Carrasco

mos de decir sólo que no creemos que deba ser ni largo ni corto; conque armonice con el asunto de la cinta y resulte sugestivo y eufónico basta. Claro que si con una, dos o tres palabras se puede decir todo, mejor.

Hay que tener en cuenta, para esto de los «títulos» propiamente dichos, que la mayoría de las películas son adaptaciones de novelas o de obras teatrales con títulos propios, cortos unos y largos otros, pero que deben respetarse, traduciéndolos, lo más al pie de la letra y lo más literariamente posible, cuando correspondan a un idioma que no sea el nuestro (tratándose de adaptaciones de obras españolas, deben respetarse íntegramente, sea cual sea su dimensión), y sólo deben ser substituídos cuando no tengan traducción que exprese lo que debe expresar al ser vertidos a nuestra lengua.

«Varieté», por ejemplo, le pega a la película que le lleva como a San Apapucio (por ejemplo también), un sombrero de tres picos, dicho sea con todo respeto, no sólo al Santo, sino al por tantos conceptos admirable «Felipe Centeno», que se ha ocupado, recientemente, de esta cuestión en «La Vanguardia». «Varieté» puede decir todo, verdad es, pero aplicado a la producción de la Ufa que lleva ese título no dice nada, pues si bien es cierto que la acción de esa cinta se desarrolla entre artistas de Circo, no lo es menos que no tiene nada de frivolidad, que es la esencia de la «Varieté», ni tiene la menor relación con ese género de espectáculo, toda vez que se trata de un drama pasional de estupenda concepción y de admirable presentación e interpretación. Ahora bien, si «Varieté», en este caso, quiere simbolizar el carácter de la protagonista, una mujer caprichosa, tornadiza, voluble, bien está; pero es mucho simbolizar y sintetizar, y para que «todos» los que hayan

de ver la película se percaten de ello, precisaría una explicación que destruiría la brevedad del título.

Conste que al decir esto no nos declaramos partidarios sistemáticos del título largo y por eso estamos perfectamente de acuerdo con «Felipe Centeno», en que hay títulos, más propios para encabezar un artículo o la propaganda de un específico, que para una película...

Dejemos este aspecto del asunto y vamos con los subtítulos.

Hemos de comenzar por romper una lanza en defensa de cuantos nos dedicamos a la tarea de traducir, adaptar o redactar títulos. Nuestro trabajo ha de amoldarse, salvo contadas excepciones, al criterio mercantilizado (sin la menor concesión al arte, a la literatura, ni a eso que en el argot teatral se llama «ser de público» una obra, que es lo mismo que el «ser comercial», que se emplea en cinematografía, pero dicho con más pudicia, con más respeto a su carácter artístico), del propietario de la película y excusado creemos decir que cada uno tiene un criterio distinto, aunque todos persiguen el mismo fin; el de que la cinta rinda el mayor número posible de pesetas, y, naturalmente, esos diversos criterios están siempre en pugna con el del escritor. Cuando más de uso corriente es el léxico que empleamos en la redacción de los títulos, menos agrada al señor que paga, porque no armoniza con su modo de decir (desgraciadamente el «modo de decir» el castellano aquí, en Cataluña, difiere mucho del modo de decir en el resto de España y esto constituye una dificultad enorme), por lo que, pluma en ristre, entran en la lista entregada por el epigrafista, y aquí pongo, allí quito y más allá substituyo, la dejan hecha una lástima, esto cuando no solicitan el parecer de otros estilistas de ocasión, que colaboran en el «desarreglo».

Otro enemigo del epigrafista, si bien a este no le puede achacar toda la culpa de su nefasta labor, a veces, es la montadora de películas la que lucha con la dificultad de que a excepción de la copia, etiquetada y marcada por el escri-



Una escena de «Los hijos del trabajo», película nacional que dirigió A. G. Carrasco

tor de turno, en las demás, tiene que trabajar la tuntas, si vale la expresión; es decir, guiándose por el recuerdo de cómo quedó montada la copia primera, y es de advertir que rara vez vienen de fábrica «decupadas» igual todas las copias de una misma producción, lo que entorpece la misión de esas simpáticas muchachas, enormemente.

En una palabra, que teniendo, como tienen, los títulos de una película importancia enorme, decisiva, en no pocos casos, para el éxito de la misma, los cinematografistas no les conceden ningun-



Una interesante escena de «Los Miserables»

na corrientemente, y todo lo sacrifican a que ese aspecto de su negocio no grave apenas el costo de la cinta.

Para que los títulos fuesen lo que deben ser y para poder, además, imputar al epigrafista los errores, de cualquier orden que sean, en que pueda incurrir, se debe, lo primero, confiar esa misión a persona probadamente capacitada, que no lo son los literatos a secas, por muy eminentes que sean, ya que el redactar títulos no es única y exclusivamente cuestión literaria, sino que tiene una parte y muy importante, como decimos al principio, que se puede llamar técnica, y después respetar su obra, sin someterla a la aprobación de personas extrañas, cada una de las cuales ha de dar una opinión diferente, que es imposible sintetizar y dar forma para que quede a gusto de todos. Esto sin contar con que el epigrafista debe también corregir las pruebas del Laboratorio, como el novelista corrige las de su libro, y con que deben pasar por sus manos todas las copias de cada película para que ponga los títulos redactados por él (no traducidos y castellanizados a secas, que es lo único que hacen muchos), de acuerdo con cada una de sus copias y las etiquetas, a fin de que el montaje resulte perfecto, cosa que ahora no ocurre más que en la copia primera, como dicho queda.

Claro que este trabajo no puede hacerse por el puñado de calderilla verdaderamente ridículo que cobran algunos epigrafistas, que tienen más de mercachifles que de escritores, ni con lo que le pagan determinados cinematografistas que alardean de que «ellos» ponen tí-

tulos a dos o tres películas de cinco o seis rollos cada una en un día, pues llaman «poner títulos a una película», a traducir la lista original sin tomarse el trabajo de ver la cinta siquiera y a enviar su engendro al Laboratorio para que por último las montadoras hagan lo demás con arreglo a su leal saber y entender.

Y basta por hoy, pues hay tela cortada para rato.

Ricardo F. BLANCO.



Otra bonita escena de «Los Miserables»

Un triunfo de "Arte y Cinematografía"

Lo ha obtenido, y lo celebramos sinceramente, la decana de nuestras revistas profesionales con la publicación de su último número.

Como siempre, nuestro dilecto colega, bajo cuyas frondosas ramas se han cobijado todas las buenas voluntades del campo cinematográfico, da en este número una orientación general del movimiento del ar-

te de nuestras preferencias y exorna su cuerpo con bellas páginas de "réclame".

Pero el "clou" del número, el plato fuerte de sus páginas y que ha llamado poderosamente la atención de técnicos y aficionados, es el estudio-crítica que publica de la magna producción "Metrópolis".

Con decir que la crítica es digna de la obra, nos ahorraremos palabras y si añadimos que la prestigia con su firma nuestra colaboradora Laura Brunet, que se ha superado a sí misma, dejaremos hecho su mejor elogio.



Jackie Coogan, llora al enterarse de que tiene que cortarse el pelo.

¿Abandonará la pantalla Pola Negri?

Pola Negri, actriz cinematográfica y princesa, ha regresado ya a los Estados Unidos, deseando llenar sus contratos pendientes para retirarse dentro de dos años y convertirse en una señora de su casa.

Con veinte baúles en los que ha podido guardar sus ropas y trajes para su próxima película, Pola llegó junto con su marido, el príncipe Sergio Mdivani en el vapor "Aquitania", procedente de Europa, y dijo a los repórters que prefiriere la llamen miss Negri y no princesa.

Los recién casados partieron inmediatamente para el hotel "Ambassador", en Park Avenue, donde permanecerán hasta que salgan para Hollywood. El príncipe Sergio cuidará de los negocios de su padre en Ca-

lifornia mientras su esposa pasará los dos próximos años completando los contratos perdientes.

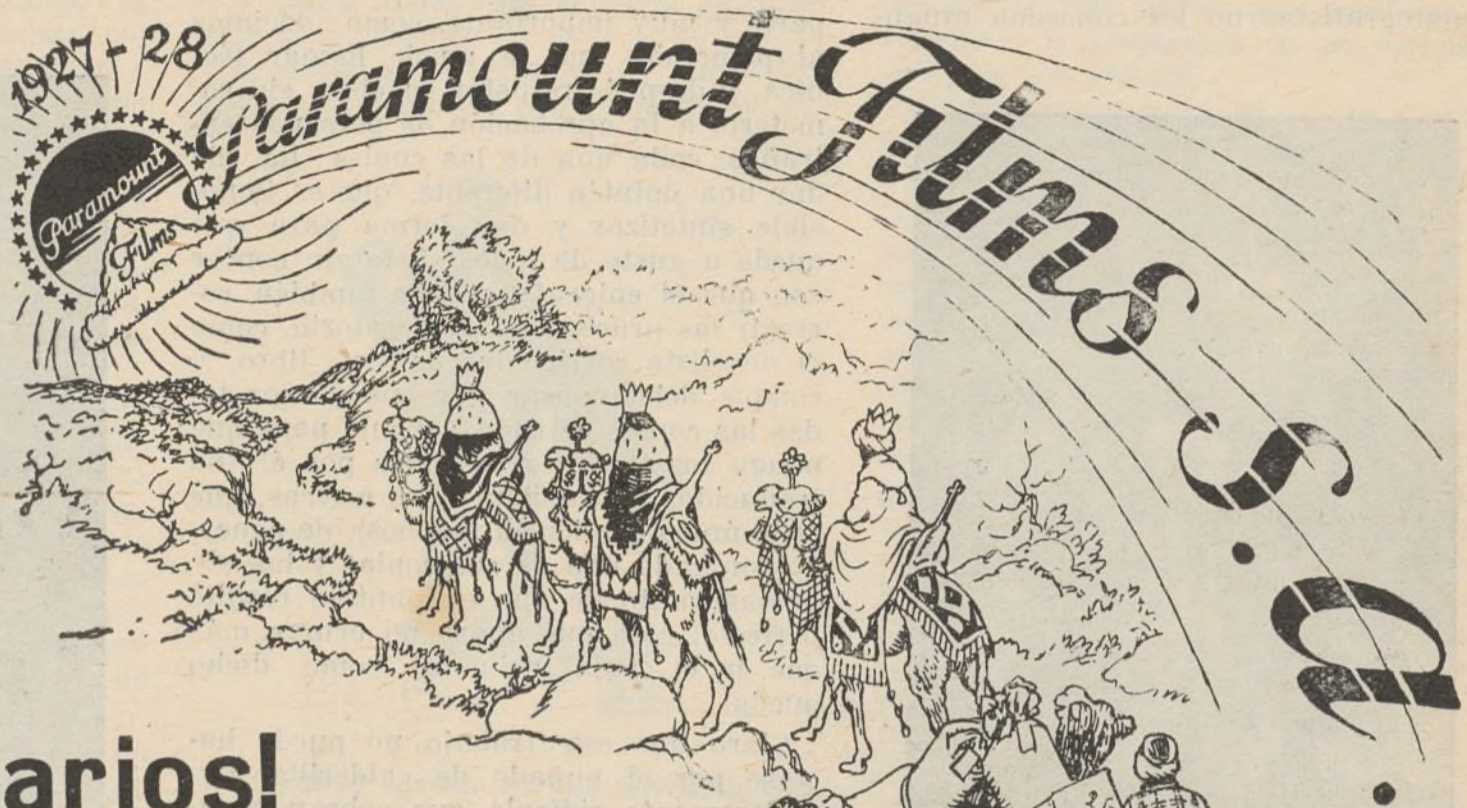
"Entonces volveré al país de mi marido para convertirme en una señora de mi casa y tener quizás una numerosa prole.

"No me he casado a la ligera, continuó, sino que lo he pensado mucho. El príncipe y yo hemos sido amigos desde la infancia y ahora que estamos casados, permaneceremos casados para siempre".

El joven príncipe Sergio, que es muy alto y muy buen mozo, aprobaba todo lo que su esposa decía.



Una vez cortado el pelo de Jackie, éste dice para sus adentros: No me está mal del todo



¡Empresarios!

La Caravana de las grandes producciones PARAMOUNT está al llegar. No os precipiteis. Esperad su llegada y tendréis lo mejor



CONOCIDO E IGNORADO

¿Os gustan las «flappers»? Hablemos, pues, de la media docenita más famosa de Hollywood: Constance Talmadge, está considerada como la «flapper» de lujo. Clara Bow, como la quinta esencia, esto es, bonita, imprudente, embusterilla... Vilma Banky, la ceremoniosa. Colleen Moore, la colegiala. Joan Crawford la trágica y Alice White, la europea. Como habéis visto, las hay para todos los gustos.

Lita Gray, la divorciada esposa de Charles Chaplin, dice que piensa volver a hacer películas porque necesita dinero y no quiere ensuciar sus manos con las faenas caseras; ¡Carlitos la dá tan poco! Con 400 dólares semanales — añade Lita — no puede mantenerse ni un «baby...» y ella tiene dos. ¡Pobre chica!

Mildred Davis, la mujer de Harold Lloyd, ha vuelto a la pantalla, y ahora dáse el caso de que la familia entera trabaja bajo el sol de las «sunlights». Expliquémonos: Mildred tiene un hijo de trece años llamado Jack Davis, del primer matrimonio, que hace películas cómicas. Ella y (El) trabajan sin descansar y el otro pequeño sale también de vez en cuando, si se necesita un «bebé» que berree.

Clara Bow, la linda «flapper» de cabellos rojizos y ojos castaños, nació el 8 de Agosto de 1905, permaneciendo todavía soltera y sin compromiso.

El verdadero nombre de Mary Pickford es Gladys Smith. Nació en Toronto, Canadá, en 1893. Sus ojos son pardos, y su cabello castaño y rizado.

Gwen Lee, una de las «Wampas» de 1927, ha lanzado una curiosa moda. Esta consiste en llevar bordado en el vestido y el sombrero el signo Zodiaco que corresponda al mes del nacimiento, y como Gwen Lee es una hija de Noviembre, lleva dos magníficos escorpiones bordados. Cuaje o no cuaje, la moda, la idea de Gwen es muy genial.

La deliciosa Billie Dove está casada con Irvin Willat. ¡Qué desgracia, pues la chica nos gustaba mucho!

Gloria Swanson nació el 27 de Marzo de 1897. Su cabello es castaño y sus ojos azules. Se dice que de cocina no sabe más allá de abrir una lata de sardinas.

Marión Davies, la deliciosa rubia, estudió baile en una academia del Broadway, por las noches. Su debut en la «Vía Lactea» neoyorquina fué un éxito y de allí pasó a las películas.

Doris Kenyon, casada recientemente con Milton Sills, se ha retirado momentáneamente de la escena muda, a causa de su enfermedad, y se halla en un Sanatorio de New-York.

Tom Tyler, el nuevo favorito de películas del Oeste norteamericano nació en Port Henry, estado de New-York, y tiene en la actualidad 22 años.

Lo que sabe de las cuatro reglas lo aprendió en su rancho de



Olive Borden ha sido sorprendida por el fotógrafo en un momento íntimo de desesperezamiento. Perdonadle lectores, que no supo lo que se hizo

Wyoming. Es campeón atlético y le llaman el hombre más fuerte de Hollywood.

Cada día dáse por más seguro el casamiento de Olive Borden con George O'Brien.

La mujer de «Fatty» es Doris Deane, y ambos han abandonado América y se hallan en Alemania, dispuestos a filmar por los codos.

Jackie Coogan, el célebre «chiquilín», está estudiando de lo lindo en la Urbane Military School de Hollywood. Dice quiere ser general sin oficial. La verdad que no es todo el chico.

Lloyd Hughes está casado con Gloria Hope, una conocida actriz y tienen un chiquillo que nació el 21 de Octubre del año pasado, y se llama Donald.

Norma Shearer hace poco ha manifestado a un amigo suyo — el pobre con seguridad era un chismoso — que los ratos más felices de su descanso diario los pasa cuando en la cocina está atareada confeccionando alguna torta. Dicen que es muy golosa.

Rockliffe Fellowes nació en Ottawa, Canadá en 1885, dedicándose al teatro, donde trabajó con la Sra. de Fiske, Grace George y otros. Está casado por la iglesia con Lucille Watson.

Elaine Hammerstein está casada y aparentemente separada de la escena muda.

El casamiento de Ben Lyon con Marilyn Miller, la divorciante esposa de Jack Pickford, ha quedado en suspenso. Los motivos se ignoran, aunque se supongan.

Conway Tearle está casado con Edna Murphy.

Según noticias de la tierra del Tío Sam, al pasar la frontera francesa. Antonio Moreno tuvo ciertas dificultades para hacer comprender a los revisores de pasaportes que él era el mismo del retrato, sólo que el biogote se lo había dejado en Barcelona.

Virginia Brown Faire y Jack Dagherthy, se casaron el 6 de Febrero de 1927, y su luna de miel todavía continúa.

Renée Adorée está enferma, recluida en un hospital de Los Angeles, atacada de una fuerte «grippe».

María Prevost posee una preciosa colección de perros de pequeña estatura, que ganan premios por doquier.

Javier Rivera, el galán hispano, ha trabajado con Pola Negri, para la Ufa de Berlín.

Richard Barthelmess asegura que el enemigo mayor del hombre es su propia costilla. ¿Será cierto?

NUESTRAS INTERVIUS

Carmen Rico

En el pasillo que al gabinete en que estamos conduce, un gran afiche hace destacar sus colores chillones sobre la albura de la pared. No podemos contener un gesto y una frase de admiración.

—¿Qué...? — nos pregunta la bella Carmencita.

—Pues que..., nada... eso: que está usted tan guapa, tan guapa... — Y el disparate — un disparate bastante relativo dada la hermosura de la actriz — se nos queda en la boca.

Hacemos un silencio. Carmen borda un pañolito de encaje. De vez en cuando eleva a nosotros sus ojos grandísimos, llenos de luz, sonrío levemente y continúa su labor. En la calle suenan los acordes de la Marcha Real.

—¿Qué es...? — preguntamos a la Rico, que ha interrumpido un momento su trabajo para escuchar.

—“El Dios Chico” — nos responde —. Van dando la Comunión a los enfermos y a los impedidos. Vamos a verlo.

Abandona su labor y se asoma al balcón, engalanado, a donde la acompañamos. Precedida de estandartes, escoltada por algunos caballeros, párase en la casa de enfrente una carroza del real palacio. De ella descienden tres sacerdotes revestidos. Carmencita se arrodilla y así permanece hasta que cesa la música tras haber desaparecido por la puerta el séquito.

—Ahí hay una parálitica: una muchachita de quince años, que ya hace tres que está inmóvil en un sillón. Yo apenas si la conozco; pero cada vez que la veo sentada en su butaca, arropadas las piernas, caídas las manos sobre el halda y perdida su mirada sin luz, no sé lo que me pasa. Pienso en mi desesperación, en mi pena, si me viera algún día así...

Las palabras de Carmen Rico tienen un tinte de melancolía que rima muy bien con la mirada triste de sus ojos de sombras, de ordinario saturados de una picardía y de una vivacidad encantadoras.

Ha quedado callada, fija en la puerta por donde momentos después sale el cortejo. Alejado éste, seguimos charlando.

—¿Es usted religiosa?

Sí, señor; sin gazmoñerías, sin exageraciones ni estupideces. Creo como la que más. Y en mis oraciones sólo pido a Dios que me dé salud.

—Y pesetas.

—No, señor. ¿Para qué? Las tengo, teniendo trabajo.



Carmen Rico en "El médico a palos", una de sus últimas creaciones

Nos hemos sentado de nuevo en el gabinete. Ella ha reanudado su labor y nosotros continuamos admirando sus manos pulidas, delgadas y largas, que muévense con agilidad suma.

—¿Cuántas películas ha hecho usted?

—Seis: "José", "El cura de la aldea", "La sobrina del cura", "El médico a palos", "El pollo pera" y "Mientras la aldea duerme". No son pocas, teniendo en cuenta que sólo llevo trabajando año y medio.

—Entonces, su primera obra fué...

—“José”. Me contrataron para hacer el papel de protagonista; pero surgieron otros compromisos mayores y me dejaron un papel secundario: el de una viuda con cinco hijos. ¡Tenía yo diecisiete años!

—¿Y aceptó usted?

—Naturalmente. Yo quería empezar a toda costa y aquella fué la gran ocasión. De no haber aceptado, aún estaría por empezar mi carrera artística. ¡Con la ilusión que yo tenía y tengo por el cine...! Fué

mi sueño dorado desde que era muy pequeña. A tal punto que cuando me mandaron en casa a París a un colegio, asistí algún tiempo a un “estudio” donde empecé mis pruebas. — Hace una breve pausa, y continúa: — Hubiera conseguido trabajar bien pronto, pero mi desconocimiento del francés me lo impidió.

—¿Entonces, regresó usted a España?

—Pero no... por eso. Verá usted —. Deja su labor a un

lado y explica: — Era tanta mi afición que a toda costa quise trabajar. Me propuse aprender ese idioma. Claro que tropecé con muchas dificultades. Las señoritas que en mi colegio habían eran todas alemanas o inglesas. Ni una de Francia. Sin embargo, no me arredré: acometí la empresa de estudiar yo sola y cuando ya casi estaba en condiciones para comenzar a rodar, caí enferma y tuve que regresar a España. Entonces me prometieron el papel de “José”.

—En que la casaron a usted, le mataron el marido y la dejaron cinco criaturas para irse entreteniendo...

Se echa a reír la estupenda actriz alegremente.

—Todo lo que usted quiera; pero trabajé, cobré y saqué contrata para otra película, que es lo que se quería demostrar.

—¿De todo lo que lleva hecho, qué le gusta más — le preguntamos.

—Desde luego, “Mientras la aldea duerme”.

—La última, claro...

—¡No sea usted malo! No es por ahí. Es verdad — y usted también lo sabe — que siempre gusta lo último que se hace. Pero, además de

eso, le voy a decir que en nosotros, en los artistas cinematográficos, que, además de nuestro temperamento hemos de pasar por el aro del director artístico, se da más este caso, puesto que a medida que la técnica del tal director se depure, aun siendo el mismo, nuestro trabajo resultará mejor, más acoplado.

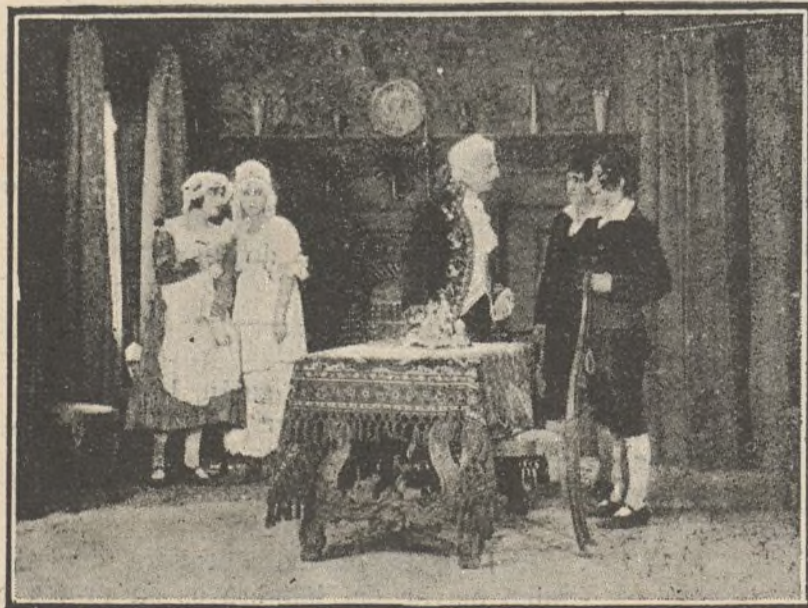
—De donde resulta que, en opinión suya, nuestra dirección artística, Carmen...?

—Hay buenos directores — nos interrumpe —. Pero se tropieza con la escasez de dinero y con la falta de elementos que tienen empresas extranjeras y que si nosotros los tuviésemos se podría desarrollar con más amplitud la inteligencia de nuestros directores.

—¿Entonces, ¿esos son los inconvenientes de nuestra producción cinematográfica? — inquirimos.

Se queda mirándonos sonriente, vacilante antes de contestarnos. Luego:

—Esos... y otro, mayor aún, que no digo



Una escena de "El médico a palos" en que aparece Carmen Rico



Carmen Rico y Erna Becker en una escena de "El médico a palos"

Cómicamente indignados miramos a nuestra bella interlocutora.

— ¡Caray! — decimos —. No sé por qué no ha de decirme. Porque usted, so antipática — ¡fíjese en que le he dicho antipática! — está en la obligación de decirme, exactamente, todo lo que sepa.

Suelta a reír estrepitosamente la simpatísimas Carmencita y nos dice:

— Paso por lo de antipática. Bueno... Pero eso de que yo le diga a usted "todo" lo que sepa... ¡Vamos, que no! — termina chulescamente. Y como vió nuestra sonrisa por el tono con que pronunció las últimas palabras, agrega fingiendo y recalcando el acento madrileño: — ¡Soy de los madrilitos y me bauticé en San Cayetano! ¡A ver qué pasa!

— Pasar... algo y muy grande, como se empeñe en no decirnos lo que le he preguntado. ¡Aunque sea en plan de amistad, no como periodista! — insinuamos.

— Eso ya es otra cosa. Si usted me promete...

— ¡Ni una palabra...!

Se queda mirándonos fijamente, sonrientes sus labios y sus ojos negrísimos, y nos dice:

— ¡Que ustedes los periodistas, son muy malas personas...! ¡Que todo lo charlan ustedes...!

— ¡Protesto! — exclamamos. Nosotros no somos malos, ni charlamos nada... Lo más que hacemos es escribirlo... Lo cual no quita para que usted me diga, ce por be, qué inconveniente es ese.

— Allí va. En España, señor periodista, — ¡pero no diga usted nada...!

— De verdad, guapa; ni sílaba.

— ¡En serio...! Pues sí que tiene usted cara de serlo, hombre. En fin, mire usted: aquí nunca se tomó el trabajo con formalidad. Se trabaja por diversión, por entretenimiento. Si un día íbamos a rodar unas escenas a Santander, por ejemplo, salvo raras y honrosas excepciones, se decía "¡Vamos de veraneo..." Y así no se puede hacer nada. Hay que trabajar con entusiasmo, con fe, con ganas... Lo demás es perder el dinero, el prestigio y el tiempo.

— ¡Habla usted como un libro, señorita! ¿Y aún se continúa en ese plan?

— Sí, pero no tanto como antes. Los casos de trabajar por exhibición y por en-

tretenimiento, son menos frecuentes cada día, por fortuna. Ahora un noventa por ciento de actores, trabajan "de verdad", con alma.

— ¡Y de ese tanto por ciento que artistas cree usted superiores? — indagamos.

— ¡Oh, muchos! Tenemos muy buenos actores de ambos sexos. Si nuestra produc-

cinematográficas.

— ¿Ha visto usted esta película? — y nos enseña una fotografía de "Dick, el guardiamarina" —. ¡Qué bien está ahí Novarro! Aunque tal vez me guste más en "El prisionero de Zenda".

— ¿Qué otros actores prefiere usted, Carmen?

— Antonio Moreno, John Gilbert, Pola Negri, Norma Talmadge, Mae Murray...

De algunos de ellos hay retratos en el gabinete. El de Moreno dedicado cariñosamente a Carmen, desde su sitio de honor, parece presidir a aquella familia cinematográfica.

— ¿Qué planes tiene usted para este verano? — la interrogamos.

— Pues, trabajar. Tengo pendientes tres contratos, aunque nada en firme aún... Me dedicaré a ver cine, a jugar al tennis, que es mi deporte favorito, y a montar a caballo...

— ¡Buen plan! ¿Y su novio, para cuando lo deja usted?

— Para cuando lo tenga, señor. ¿Se ha enterado?

— Perfectamente — aseguramos. Y añadimos: — ¿Y cuándo va a ser eso...?

— ¡Yo que sé...! Me casaré, cuando menos lo espere, con quien me enamore de verdad. Comprenderá que no voy a hacer caso de las pasiones volcánicas que me pintan en muchas cartas, señores completamente desconocidos... — Hace una brevísima pausa, y, agrega: — Además, ahora sólo me interesa trabajar.

— ¿Produce usted fácilmente? — interrogamos.

— Sí, señor, con mucha facilidad. Ni aún las molestias de la luz en los ojos siento...

Nos despedimos luego de la notable actriz.

— ¡Que no diga usted ni una palabra de lo que le advertí...! ¡Que le araño...!

— Ni una palabra, Carmencita. De verdad.

— Salude, en mi nombre, al público y a la Prensa de Barcelona, que tan buenos son para mí.

Pero, aún incurriendo en las iras de tus uñas rosadas, guapísima Carmencita, le cuento a mis lectores todo cuanto me dijiste.

GUSTAVO DEL BARCO Y CABEZA.
Madrid, junio 1927.



Bonito momento de "La secretaria"



Una delicada escena de "La sirena de Paris"

ción caminara a la par de la de los Estados Unidos, por ejemplo, serían mejores. Pero yo tengo fe ciega en que vendrán tiempos mejores, en que llegará el día que nos impongamos al mundo entero.

Hacemos una breve pausa. Carmen Rico, la interesante actriz que tantos triunfos ha logrado, hojea distraídamente unas revistas



Dos escenas de la película de Amichatis "La Marieta de lull viu"





Una escena toda realidad que se admira en "El precio de la gloria"



Marina Torres, Jaime Devesa y Blanquita Muñoz en una escena de "La Marieta de lull viu"

VEREMOS SI RESULTA CIERTO

Apenas ayer se decía que la película de sensación del año entrante sería dirigida por una mujer. Sólo una mujer, se decía, puede darse cuenta cabal de lo que pasó en el alma de otra mujer. Y hoy, después de oír esta profecía, viene el anuncio de que Lois Weber ha sido contratada por Cecil de Mille para dirigir "Un ángel de Broadway", drama pantomímico, cuya protagonista encarnará en Leatrice Joy.

NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA

Si Greta Garbo no se hubiera enfermado, no se habría cambiado por completo el reparto de "Ana Karenina". Bien dice el refrán: "no hay mal que por bien no venga", pues la tardanza ha servido para que se le de el papel de príncipe a John Gilbert, quien, por lo tanto, figura al lado de Greta. ¡Y qué pareja!

LA MODA... LA MODA

Marion Nixon, una nueva favorita del cine, aseguraba que ella no se cortarfa jamás sus cabellos a la moda. Cuando Lois Wilson, la antigua maestra, hoy famosa "estrella" silente, se dejó seducir por Herbert Brenon, cortándose el cabello a lo "garçon", María dijo a sus amigas: —Ya veis, Lois aseguraba que nunca las tijeras tonsurarían su cabellera, y a pesar



Dolores del Río, Victor McLaglen y Edmund Lowe protagonistas de "El precio de la gloria", la superproducción titán de la Fox.



Distinguidas damiselas y caballeros de la buena sociedad barcelonesa, que están realizando una película, cuyos protagonistas son, el nuevo galán del arte mudo, Jorge Ducrós y las bellas señoritas Garchitorea y Font.

traba el día para decidirse, pues de lo contrario, se nos antoja que pelo más o pelo menos no vale la pena.

BARBARIDAD Y MEDIA

Los incontables admiradores de Harold Lloyd se alegrarán sin duda de saber que su favorito ha brineado el charco. Algunas huellas ha dejado en él, ciertamente, la enfermedad que le tuvo en cama; pero, a juzgar por sus propias palabras, se siente ya otra vez lleno de fibra y dispuesto a hacer "barbaridad y media" ante la cámara cinematográfica, lo que empezará a poner en práctica dentro de unos diez días en su nueva película, que probablemente tendrá por teatro de acción a Coney Island, sin que esto quiera decir que el popular actor tenga que emprender viaje al famoso centro de diversiones neoyorquino, pues para eso tiene California su Venecia, o Venice,



Jaime Devesa en una escena de conjunto de "La Marieta de lull viu"

como en inglés llaman a la pequeña isla californiana de inocentes placeres.

¡VAYA, VAYA JOHN!

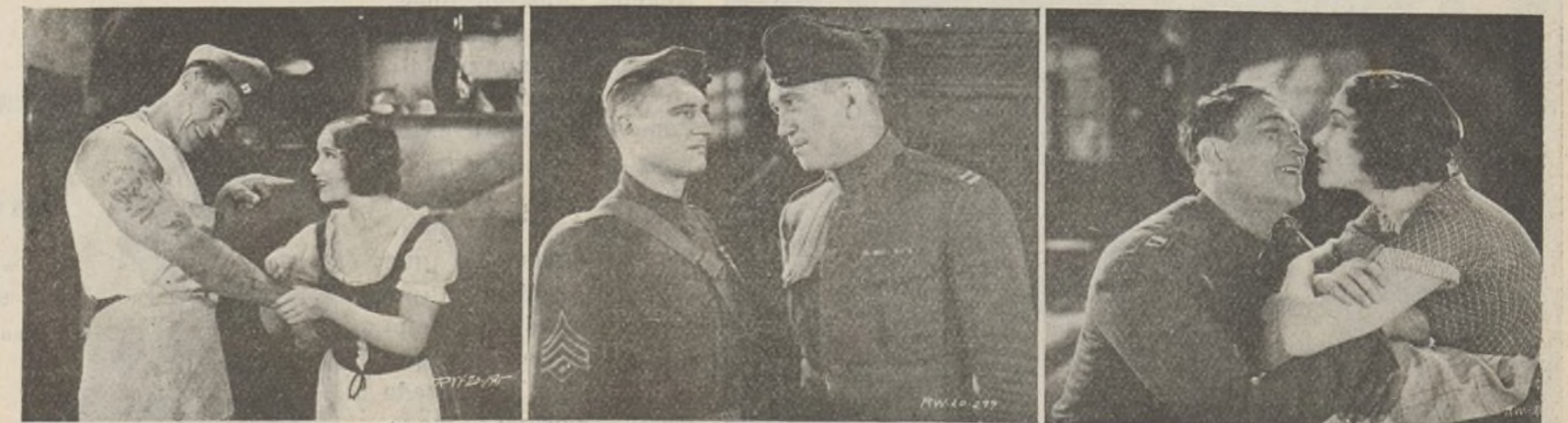
El más famoso preso que nunca ha ocupado la cárcel de Beverly Hills ha sido John Gilbert. Jack gastó las veintitrés horas de encierro para deshacerse de un poquillo de grasa, pero sus huesos al salir lanzaban la "última carcajada" delante de sus impacientes admiradores



Tres escenas de la grandiosa producción "El precio de la gloria"

de que si ella no lo quería no se lo hubieran cortado, dejó que el moderno Sansón se vengara de Dalila en su cabeza. Yo no soy nadie y en cambio aguanto el tipo. La niña se explicaba bien, pero llegó su día, y a pesar de conocer algo de la historia sagrada — lo decimos por lo de Sansón y Dalila — se sentó en la silla de una peluquería para señores y dejó que sus cabellos fueran reducidos a

las exigencias de la moda actual. Cuando hubo terminado el moderno Figaro su trabajo, Marion Nixon exclamó: —La verdad que esto de cortarse el pelo es algo tan serio como el casarse. Me tenía preocupadilla, pero al fin, gracias a Dios que estoy lista. Nosotros suponemos que Marion debe referirse en su declaración a que no encon-



Tres bellas escenas de "El precio de la gloria"

Lo moral y lo inmoral en las películas

Sancho de España, con la pericia y la pasión en él características, soslayaba en el pasado número de EL CINE, un tema que tiene la rara virtud de hacer vibrar todas mis cuerdas sensibles: el de la moralidad.

Desde que comencé a escribir, y ello ocurrió bastante tiempo después de haber comenzado a leer, sintióse mi pluma en desacuerdo constante con lo que se ha dado en llamar "moralidad". No condiciono el vocablo a tiro de fusil. Verdaderamente condicionada ha de ser una moralidad que, a fuerza de adaptarla a todas las concupiscencias y cerebraciones humanas, han llegado a situarla en planos tan inestables, que al menor choque con la Verdad o la Realidad, huye asustada como una gacela o se esconde como un topo para no ver la luz del sol. Es decir, que niega su esencia misma, que ha de ser precisamente aire y luz.

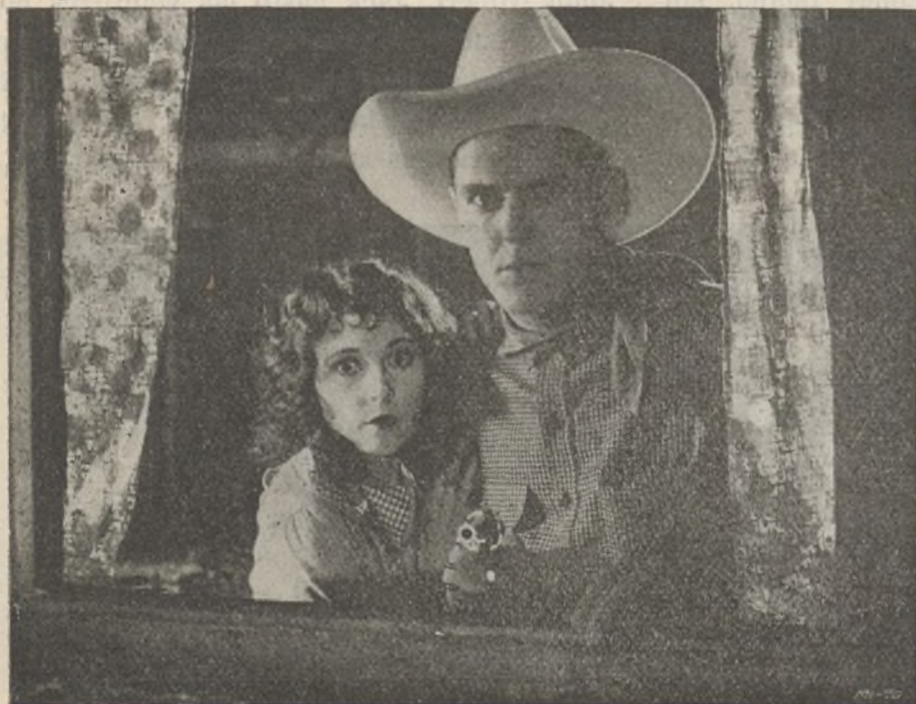
Y, cosa rara, yo que no me siento bien en ese ambiente de moralidad que nos ahoga, paso mis mejores horas de lectura devorando, absorbiendo, exprimiéndole el jugo a las sabrosas páginas de la Biblia.

El Corán y la Biblia, son mis libros de cabecera; sus doctrinas endulzan mis horas de duda y de zozobra. Mi corazón se ensancha al silabear sibiríticamente sus humanos versículos, rezumantes de jugo vital, tranquilizadores por sus horizontes sencillos y patriarcales.

Pero establezcamos con un poco de claridad lo que es "moral", querido Sancho de España, y así podremos platicar noblemente con el cuerpo sobre la mesa de disección.

La moral, aquí y en todas partes, se contrae a las siguientes fórmulas: "Dique contra el instinto. Muro de contención contra las pasiones bajas. Elevación del espíritu en busca de un más allá ultraterreno".

Estos son los sillares básicos sobre los cuales descansa la ética de todos los países y de todas las religiones.



Ken Maynard en "El jinete audaz"

Nada más hondamente humano que esos principios. Pero luego han venido los hombres que podríamos llamar extramORALES, y encendidos — o enturbiados — en principios ripaldianos y torquemadescos, han establecido "su" moral, que parece resumirse a estos fines: "Negación de la belleza. Estrangulación de la alegría de vivir. Destrucción de la dinámica cerebral".

Y esa distanciamiento de la realidad, ese no querer darse cuenta de que la vida es algo más que un silicio eternamente suspendido sobre nuestras espaldas, ha determinado la dualidad, la separación, el abismo entre la juventud y los moralistas a "outrance".

Y de ahí, precisamente dimana el fácil triunfo del punto de vista de la moral que nos están inyectando desde Norteamérica, con sus trivialísimas películas. Y de ahí también, que los que tenemos bien cimentadas nuestras convicciones éticas, aprobemos, a veces, cosas que combatiríamos tenazmente si no temiéramos vernos envueltos en el farrago de



Una escena de "La duquesa del charleston"



Sentimental escena de "La danza prohibida"

moralistas que nos es tan profundamente antipático.

No me asusta, no, dilecto Sancho de España, que las nenaz de Hollywood y de Los Angeles, alegren nuestras refinaz con sus cuerpos de tanagra, figulinas ingravidaz que llaman levemente a las puertas del deseo. Lo que sí me asusta, es esa "escuela" de finales felicistas, en que todo acaba bien, en que todo se perdona y cuya tesis no es otra que la de que se puede pecar porque luego, "todo habrá de ser perdonado". Lo que

me asusta, lo que debe preocuparnos a todos, es esa distanciamiento de los problemas ideológicos que se va observando en nuestra gente nueva.

Esa trivialidad, esa manera desriñonada y descelulada de ver las cosas, es lo que realmente va destruyendo nuestra juventud, esa juventud que nuestros Torquemadas de "après guerre", tenían ahogada, atemorizada con sus gestos y actitudes apocalípticas y que ahora, por falta de preparación, por repugnancia innata hacia una moral que estaba en desacuerdo con sus infinitos, con sus ilimitados deseos de vivir, se ha dejado caer en los dulces brazos de la intrascendencia cordial.

Creo, estimado Sancho de España, que no andamos muy divorciados en asuntos de moral y que al final del camino, coincidiríamos perfectamente, pero no he sabido sutraerme a la tentación de echar mi cuarto a espadas en esa cuestión que tan hondamente me ha apasionado desde que comencé a discernir entre el Bien y el Mal en las cosas terrenas.

LAURA BRUNET.



Reconocen las
SEÑORAS
a originalidad y el
buen gusto de los
modelos de sombreros
de la
MAISON GERMAINE
6, PUERTAFERRISA, 6

Hablando con favoritos de la Farándula Silente

Helena y Antonio D'Algy nos cuentan su historia artística y varias cosas del misterioso Hollywood

Estamos en un coquetón gabinete de la casa que en Madrid tienen instalada los celebrados artistas cinematográficos Helena y Antonio D'Algy.

Porque, para que el lector lo sepa, Antonio y Helena, que triunfaron en la Meca del arte mudo y después en el mundo entero, son españoles y son madrileños.

Describíros sus figuras ¿para qué? Los conocéis sobradamente.

Y por eso que los conocéis, he juzgado interesante interrogarlos, y transmitiros, curiosos lectores, un eco de la charla sostenida.

— Llegamos a Nueva York — comienza Antonio — el 23 de marzo de 1924.

— ¡Feliz memoria! — interrumpo.

— Es que en esa fecha — interviene Helena — puede decirse que se decidió nuestra carrera artística.

— Verá usted — prosigue Antonio — Llevábamos un mes casi vencido en la gran ciudad, cuando un día, e indudablemente contaminados de la atmósfera, se nos ocurrió hacernos presentes en los estudios cinematográficos.

— Y fuimos a los de la Paramount — dice Helena —, y un señor muy serio y muy rígido, que nos miró de arriba a abajo, nos dijo que volviéramos al día siguiente.

Así lo hicimos; y en la segunda visita surgió el contrato. Pero no un contrato fantástico, de cifras fabulosas, sino la actuación casi inadvertida de "extras" elegantes.

— ¿Qué cobran en América los "extras"?

— De cinco a quince dólares por día. Depende de la indumentaria. Los más caros son los de frac y trajes de noche.

— Prosigamos...

— El primer día de nuestra actuación conocimos a Antonio Moreno. "Aquellos — le había dicho el director — son compatriotas suyos". Y la primera mano amiga y española que estrechamos fué la de nuestro compañero "estrella", que no se desdén en saludar a dos pobres "comparsas".

Al acabar la sesión nos dieron dos papeletos. Eran dos cheques de quince dólares.

— ¿Cuál fué su primera película como actor? — le pregunto a Antonio.

— "La mujer desdénada" — me contesta —; un "film" que fué a hacer al Canadá con Alma Rubens y Conrad Nagel, para la Inspiration Pictures.

— Por aquel tiempo — me dice Helena —, hice yo con Paulina Frederick y Lou Telleen una película que titulaban en inglés "Aquellos que Dios unió". Y, a esta película, debo el haber conocido a Rodolfo Valentino.

— Cuento, cuento; es interesante. Aún está latente en España su trabajo junto a

él en "El diablo santificado" — le insto curioso.

— Pues veré. Estaba yo comiendo en el restaurant de los estudios, cuando Valentino, que nunca iba allí porque prefería la tranquilidad de su cuarto, hizo una inopinada excepción. Sentóse cercano, y durante todo el tiempo que duró su comida no ce-

emplear en gastos iniciales respetables sumas.

La conversación prosigue animada. A un diluvio de preguntas, responden ambos hermanos con un sinnúmero de amplias contestaciones. Paréceme imposible que en cuatro años escasos de actuación hayan podido realizar una labor tan intensa.

— ¿Y han trabajado para muchas casas?

— Yo — me contesta Helena — para la Paramount, Warner Brothers y Fox.

— Y ambos pasamos contratados por dos años — prosigue Antonio — a la Metro Goldwyn, que ha sido nuestra última etapa artística.

— Allí he impresionado — habla Helena — "Almas gemelas", con Ailen Pringle, y "Totó", con Lew Cody.

Se hace un silencio. Helena y Antonio han dado por terminada su confesión. Pero yo espero algo más; algo que en Europa sólo conocemos en forma de leyenda; pero que, contrastado por la palabra de mis interlocutores, adquiere toda la fuerza de una realidad pesante. Me decido.

— Perdonen la indiscreción que pueda suponer la pregunta... ¿Cuánto cobra en América un actor de "film"?

Helena se apresura a contestarme sin vacilación, ni remota ofensa.

— Los actores "partiquinos" de 125 a 500 dólares por semana, y los más importantes de 750 a 2.000.

— Exceptúanse — agrega Antonio — las "estrellas" de gran categoría, a las que pagan de 2.000 a 5.000 dólares.

— ¿Qué actores cobran más en la actualidad?

— Thomas Meighan, que disfruta un sueldo semanal de 8.000; Gloria Swanson, que tiene 15.000, y Tom Mix, que cobra la friolera de 12.000 desde hace bastante tiempo.

— ¿Cuántos estudios importantes hay?

— Unos diez, que producen unas cincuenta películas anuales cada uno; más otros diez o doce de menor categoría, pero que también realizan una lucida producción.

— ¿Cuántas horas trabajan los actores?

— No hay medida; pero las horas oficiales son de nueve de la mañana a seis de la tarde.

— Los contratados por años o temporadas — dícneme Helena — no tienen limitación de tiempo para el trabajo. Sólo los que perciben sueldo diario se atienen al horario oficial.

— Y es muy curioso — continúa Antonio — el rigor con que se lleva la puntualidad para el comienzo y fin de la jornada.

— Los niños — nos cuenta la actriz — van a los estudios cinematográficos acompañados de sus maestros, quienes aprovechan las interrupciones de trabajo para las



Nuestra compatriota Helena D'Algy en una escena de "El diablo santificado", con el llorado Rodolfo Valentino

só de hablar con sus compañeros de mesa en indudables alusiones hacia mi persona. Al fin determinóse a saludarme, y...

Aquí hace unos puntos suspensivos la insigne actriz; pero a poco los liga con esta frase.

— Y allí quedó concertado mi papel en "El diablo santificado".

— ¿Es cierta la leyenda sobre Rodolfo



La majestuosidad artística de Helena D'Algy, queda bien sentada en esta escena de "El diablo santificado"

Valentino, que tan grandemente interesó? — No es leyenda — me interrumpe enérgica —. Valentino era el ídolo de América toda.

— Antes de que se impresionase "El diablo santificado" — dícneme Antonio —, contratóme a mí Rodolfo para hacer de un hermano suyo en "El balcón de madera".

— No conozco la película.

— Ni la conoceré. Es una de las muchas que quedó solo en cimientos, después de

El Mundo de la Cinematografía

Barcelona

POR ESOS CINES

Kursaal y Cataluña. — “El amor vence al engaño, Universal. — Asunto bastante explotado ya y que por esa razón y por su desenlace siempre igual, resta interés a la cinta. Es una buena película en cuanto a fotografía, siendo bastante buena la interpretación de Alice Lake y Herbert Rawlinson.

“Cariño ciego y egoísmo”, Universal. — Película que se editó en 1924, ignorando las causas por las que ha tardado tanto en venir a España. Pertenece al género que cultivó con tanto acierto en los comienzos de su carrera la artista que la interpreta y que realiza dentro del estilo de la cinta una bonita creación, no tan perfecta como las que hace actualmente, pero ya en su trabajo se adivina la gran artista que no tardó en surgir. El argumento, si es que tiene alguno, se ha trazado con la suficiente habilidad para que dé lugar a una serie de escenas cómicas que entretienen agradablemente al público. Lástima que se haya tardado tanto tiempo en traer esta cinta, pues en el año que se editó hubiera sido un gran éxito. Laura La Plante, como decimos antes, muy bien, secundándola acertadamente T. Roy Barnes.

“La mujer sin nombre, Universal. — A pesar de que se ha presentado bajo el nombre de una casa yanqui, la editora de esta cinta es una casa alemana que ha realizado un film de aventuras estilo americano, con todos los absurdos y tonterías de rigor en esta clase de cintas.

Película ni mejor ni peor que las muchas que del mismo género nos han sido presentadas, que no mereció la aprobación del público y, sin embargo, aunque solo sea por la curiosidad que representa la vuelta al mundo que dan los protagonistas, es digna de que se la recibiese con más respecto, tan solo para admirar los paisajes y las bellezas que encierra en su magnífica fotografía. La interpretan muy bien Elga Brink y Jack Trevor.

“El vagabundo generoso”, Universal. — Otra creación de William Desmond, con el argumento de siempre y con todas las características de los llamados dramas del Oeste.

Kursaal y Cataluña. — “Un alma valerosa”, Universal. — Película del Oeste, bastante bien interpretada por Art Acord.



Olive Borden, la sugestiva protagonista de la intrigante producción de la Fox “Habla el mono”, tal como aparece en una escena de la misma, llevando un vestido que apenas pesa seis onzas

“La carrera del amor”, Universal. — Otra vez el Oeste, pero esta vez bastante más flojito que las anteriores. Los intérpretes, regulares nada más.

“¿Por qué las jóvenes regresan al hogar?”, Verdaguer. — Un argumento sentimental y bastante bien desarrollado. Nos muestra lo caprichoso que es el éxito y el triunfo y lo que influyen las alabanzas de la Prensa en el carácter de un artista plenamente convencido por los elogios que le

tributan de que es el perfecto enamorado y que por eso no logra hablar nunca sinceramente, pero que al hallar la muchacha que le ha hecho sentir como hombre y no como artista, logra desprenderse de su fatuidad amorosa y le habla sinceramente y al corazón, conquistando al fin, como simple hombre, lo que no había logrado conseguir como artista, es decir, el amor de la mujer querida.

El argumento, por lo que hemos dicho, pueden deducir los lectores que no es nuevo ni nada extraordinario, pero tiene la insuperable cualidad de estar interpretado por dos artistas que por sí solos bastan para acreditar y llevar al éxito cualquier producción. Son estos Patsy Ruth Miller, que está como siempre, estupendamente bien, y Clive Brook, que como de costumbre desempeña su papel con acierto.

“El príncipe de Pilsen”. Pro-Dis-Co. — Comedia bufa la titulan los concesionarios de esta cinta y efectivamente, no se le puede dar mejor calificativo. Es una comedia bufa, del principio al fin, está llena de situaciones a cual más cómica, que logran que se pase por alto la falta de argumento, que casi siempre se observa en las llamadas cómicas de largo metraje, pero ésta que nos ocupa, está tan bien desarrollada y tan magníficamente presentada, que hace olvidar este pequeño detalle insignificante en este género, que es el que priva actualmente.

El verdadero éxito de la cinta es la magnífica labor que realiza el veterano actor George Sydney, que está en toda ella insuperable, haciendo reír al público a más y mejor con sus gestos y su estupenda caracterización de cervecero enriquecido, pre-

sidente de una logia, que cree ver sociedades secretas en todas partes. Le secundan muy bien, aunque realmente tengan poco papel, Anita Stewart, alejada de la pantalla durante bastante tiempo, y que ahora vuelve para triunfar nuevamente, y Allan Forrest.

Pathé y Capitol Cinema. — “El trío fantástico”, Metro Goldwyn Mayer. — Argumento muy conocido, pero llevado a cabo en forma original y sugestiva, a parte de las

novidades que se han introducido en el desarrollo de la cinta, tiene la cualidad, suficiente por sí sola, para hacer triunfar una producción, de estar interpretada por Lon Chaney, cuyo nombre hizo que el público llenara los locales durante los días que duró la proyección de esta película.

Efectivamente, vale la pena de pasar calor para poder admirar a este mago de la caracterización, que realiza en esta cinta una de sus más sobresalientes creaciones que está en todo momento insuperable, lo mismo cuando caracteriza a "Eco", el ventrílocuo, que cuando hace de "abuelita", uno de los miembros del trío fantástico. Además está secundado acertadísimo por Mae Bush y Matt Moore.

"El duende negro", Gaumont. — Otra comedia de las que interpreta el gran saltarín Richard Talmadge, que aunque no es gran cosa como actor, hace pasar un buen rato con sus acrobacias, a veces escalofrantes.

"El repórter de Hollywood", Exclusivas Trián. — Asunto corriente, bien interpretado por Frank Merrill.

"Cuando los hombres aman" Federación Cinematográfica Latina. — El amor y los celos de un marido, y la villanía de un canalla, desempeñan importante papel en el argumento de esta cinta, que no es nuevo ni sensacional. Suerte de la interpretación de France Delhia y Genica Mistrío que son lo mejor de toda la cinta, que peca de dilatada, ocurriendo lo propio con los títulos, en los que el redactor se ha metido a hacer filosofía barata y consideraciones completamente fuera de lugar.

"La esposa indigna", Federación Cinematográfica Latina. — ¡Vaya título! El argumento no tiene nada de nuevo ni de extraordinario; es el eterno asunto del primer error matrimonial de un hombre y del amor que nace por una compañera de la niñez, cuando ya se halla ligado con una mujer indigna, de la cual al fin logra librarse, realizando su sueño de amor, con la que ha sido siempre su fiel y abnegada compañera. La interpretación, regular nada más, siendo la mejor Mareya Capri. Los títulos demasiado largos, sobrando algunos.

"La princesa Gloria", First National. — Argumento aceptable, dentro de la extravagancia que supone el que un marido y una mujer, después de divorciados, sigan siendo amigos, y el propio ex marido le proporcione a su mujer el reanudar las relaciones con su primer amor y compañero de la infancia.

Suerte que está interpretada por Blanche Sweet y Jack Mulhall.

"Coliseum". — "De la cocina al escenario", Paramount. — Una nueva muestra de lo mucho que vale Gloria Swanson como actriz y que en esta cinta aparece caracterizando a una maritornes muy bien interpretada, pero que no nos acaba de convencer; preferimos, francamente, a Gloria interpretando papeles de dama del gran mundo, que es indiscutiblemente donde está mejor. Le secunda bien, Lawrence Gray.

JUNIOR.

Una escena a lo vivo

Por la carretera de Esplugas corre raudo un auto.

Una voz amiga — la del simpático Jaime Devesa —, nos llama, y nosotros acudimos presto a su lado.

Allí vamos y nos encontramos con el operador que lleva un hermoso tomavistas de la famosa marca "Debré" y tiene su mano derecha en la manivela, esperando la orden de "empiece", que Devesa le debía dar.

Esta no se hizo esperar, y como un rayo pasó por el campo que cogía la máquina, el auto que antes mencionamos, tripulado por



Por la austeridad de la escena, se nota en seguida que se trat de una escena de "Los Miserables"

el joven actor cinematográfico George Ducrós.

Y tan rápido como el pensamiento, vimos abocarse en el abismo a Ducrós, con su auto, sin darnos tiempo ni a respirar.

Un ¡¡ay!! emotivo, profundo, sentido, salió del pecho de los presentes, al ver el desarrollo trágico de la escena.

Con el corazón oprimido íbamos todos a auxiliar al novel artista, cuando con ruido infernal, y entre una muralla de polvo, escaló raudo la pendiente, colocándose de nuevo en la carretera Ducrós en su auto. Ducrós iba sereno, y con la sonrisa en los labios, nos dijo:

— Señores, ¿por qué tener miedo? Soy un buen deportista y esto es solo un juego de niños.

El susto había sido mayúsculo, pero la escena de la película se había filmado llena de realidad incontable, y Devesa, todavía bajo la impresión del supuesto accidente, no podía manifestar ni el agradecimiento al joven artista — ya concienzudo actor de la pantalla — George Ducrós: ni la satisfacción de ver ya realizada satisfactoriamente una de las mejores y más difíciles escenas del nuevo film.

Y todavía sonriente, Ducrós añade:

— La cosa era muy fácil. Sólo cuestión de no abandonar los frenos. Otras temeridades más difíciles he hecho. ¿Ond les parece el tirarse desde un puente? Bueno... no pongáis esa cara de susto, que no hay para tanto.

Pero a nosotros se nos antoja que Ducrós es tan modesto como excelente artista, y vosotros, amables lectores, ya tendréis ocasión de conocerle, por las amplias informaciones que publicaremos.

Helena y Antonio D'Algy...

(Conclusión de la página trece)

enseñanzas. Algunos de estos niños llegarán algún día a ser grandes actores.

— Sabrá usted que en España se ha creado un impuesto sobre la producción. ¿Existe este tributo en América? — pregunto a la artista.

— No conozco ningún impuesto directo sobre la edición de películas. Allí se tributa por los laboratorios, talleres, sueldos, etcétera; pero sobre la industria de edición no existe impuesto ninguno, antes bien, subvenciones.

Helena y Antonio D'Algy han puesto con esta manifestación un magnífico punto a nuestra charla. Ellos, que han sido en esta ocasión embajadores acreditados de cuanto al arte se refiere en América, supieron ser dignos representantes de España en la Meca cinematográfica.

Su nombre y su nacionalidad cruzaron fronteras, y bajo su influjo se admiró "nuestro" arte.

Antaño los hijos de España llegaron a América portadores de su tradición; hoy, en los artistas, van también a tierras americanas un poco de esa sangre y de ese fuego, que también es tradición y es historia.

SABINO A. MICON.

Madrid, 1927.

En menos de
5 minutos



desaparecen los
pelos superfluos
gracias al
Depilatorio
Maria Stuard unico
que no perjudica el cutis por mucho
que se use - 40 años de éxito -

DE VENTA EN PERFUMERIAS

★ Los besos cinematográficos ★

Las expresiones mímicas amorosas, no adquieren en el «cine» la importancia singular que en la vida.

El amor es, en términos cinematográficos, uno de los innumerables motivos de asuntos más o menos atrayentes para confeccionar una película.

Así como algunos médicos reducen ese fundamental sentimiento humano a una simple función fisiológica, de la que se destaca toda intromisión espiritual, los técnicos de la pantalla ven en el amor una situación central, teatralísima, punto de partida de innumerables «situaciones» subalternas de gran sugestión y emotividad.

Dicen al autor: «Póngame usted dos o tres escenas de besuqueos, tres o cuatro comienzos de romance, etcétera», como quien pide a un cocinero: ponga más pimienta y añádale comino a ese guiso.

Se hace del amor un medio y no un fin; se lo explota como factor industrial de notable rendimiento y se le sirve al público con todo el aspecto de cosa humana, real, vivida.

Naturalmente, el público devora el plato.

Sin embargo, hay artistas que ante la cámara «entran en situación» con una emotividad desconcertante; los hay también y son los más, que posan, interpretando delicadas escenas amorosas con el pensamiento en el último vestido a estrenar.

De las primeras es Aileen Pringle y entre las últimas puede nombrarse a Eleanor Broadman, Pola Negri, etc.

Las escenas amorosas de Aileen Pringle son famosas en los estudios. Una semana antes de hacerse la filmación, Aileen comienza a sufrir por el estado nervioso en que la pone el solo anuncio de la interpretación que se avecina.

Se conoce perfectamente y sabe que una vez iniciada la labor se posesiona tan directamente de su rol que cometerá lo que en la jerga de los estudios se llama «una inocentada».

La inocentada consiste en «entrar en situación», dando aspecto real a la ficción. Eso sólo lo hacen hoy los debutantes y alguno que otro artista de espíritu fuertemente impresionable.

Aileen Pringle se enfurece luego consigo misma porque, verdaderamente, algunas es-



Un beso apasionado muy próximo a estallar, que se ve en "La cama de oro"



Un beso de agradecimiento o cariño que aparece en "El ángel de las tinieblas"



Un beso en "La modista de París"

cenas la dejan extenuada; si le toca simular un sufrimiento cualquiera, sus nervios la hacen sufrir de verdad.

En cambio, Eleanor Broadman, Pola Negri y muchas más, son artistas consumadas puramente cerebrales. Su corazón y sus nervios permanecen ajenos en absoluto a la emoción que interpretan.

Por ello, adviértese a primera vista, que entre las películas de unas y otras hay diferencias.

En las de Aileen Pringle es fácil que se encuentren fallas en la elegancia de las actitudes, o en la belleza de tal o cual gesto; en cambio, hay en ellas un calor tal de humanidad que la sugestión sobre el público es directa y honda.

En las de Eleanor Broadman, Pola Negri y demás, abunda la belleza y el detalle artístico, pero la emoción que se transmite al espectador es ínfima.

Pero dejemos esto a un lado y veamos lo que dicen acerca del beso cinematográfico otras beldades.

Para Joan Crawford, el «descubrimiento» de la Metro-Goldwyn-Maver que tomó parte principal en esa vivida historia de apache «París», un beso en la pantalla sí quiere decir algo. Debe contener pasión para que su efecto sea completo, perdiendo el dominante su yo. Por ejemplo, Douglas Gilmore, no es Douglas Gilmore, a pesar de ser una misma persona; creyéndose él solo un verdadero apache amante. Y cuando Owen Moore deja de estar enfrente de la cámara, cesa de ser el protagonista, y otra vez, cuando está con la heroína, desempeña la parte de su novio en «El Danzarín del Taxi».

Personalmente, la señorita Crawford dice: «Yo prefiero un beso que posea caballerosidad y dulzura, en vez de sólo pasión, sin embargo, en la película, no podemos escoger los besos. Ellos deben de ser el tipo de ósculos que de sea el autor. Cuando Ralph Bushman, que apareció a mi lado en «El Corazón que entiende», cuando besa en la vida real, indudablemente que lo hace en otra forma de como me besó a mí en la cinta, porque en el cine, él se transforma y sólo es el actor que representa el que besa.

«Un beso en la pantalla, no puede ser impersonal. No obstante, es algo impersonal en lo que toca al individuo que otorga el beso en el momento de hacerlo. Es una parte del trabajo cotidiano en el sentido de que es algo que se debe hacer, según lo escrito en el argumento de la obra.

«El beso ideal en el cine es aquel que viene a ejecutarse de una manera natural y de acuerdo al tipo que se fotografía. Douglas Gilmore en «París», besó igual que el cavernario apache, pero el beso de esta clase de amantes no es de mi agrado. Las circunstancias y la prolongación, si es que hay



Preparativos del beso en «La calle del olvido»

suavidad y dulzura, nada significan con el afecto en el beso.»

Claire Windsor, por ejemplo, está casada con Bert Lytell, no obstante, acostumbra a hacer el amor en la escena muda muy a lo vivo. ¿Cómo juzga o cómo interpreta Bert este procedimiento? ¿Se encela?

«Yo creo — dice Miss. Windsor — que una de las razones del por qué dos artistas se deben de casar, es porque se entienden mutuamente. Bien comprendo que un marido que nunca ha representado, pueda sentir celos al ver a su esposa en los brazos de otro hombre.»

«Yo he visto a Bert en los brazos de muchas sirenas del cinema y él también me ha visto a mí en coloquios amorosos con William Haines, Conrad Nagel, Owen Moore y varios otros. Nunca nos hemos cobrado celos, y a decir verdad, yo misma llevo a Bert para que presencie mis escenas de amor. El es mi más acervo crítico y me aconseja la mejor manera de corregir mis defectos.»

«Conrad Nagel y yo hemos aparecido en varias películas, y tanto él como yo, somos personas casadas. Cuando se besa uno frente a la lente, significa tanto como el enojarse delante de la cámara. En «Una pequeña jornada» yo estaba realmente enojada con William Haines, y cuando se terminó la película, nos reíamos y guaseábamos como siempre.»

«Por lo mismo, el beso en la fotografía nada significa. Una buena actriz puede besar tiernamente a un actor que le antipatiza. Nadie podría odiar a Billy Haines, pero como el argumento trataba de odio, yo sencillamente hice lo ordenado.»

Y en tesis general puede afirmarse que el amor en la pantalla no otra cosa que una «situación teatral» más entre las tantas a explotar.

DORIS FALBERG.

Los Angeles, Mayo de 1927.

Temas del día

El timo de las Academias

En el último «Miércoles Cinematográficos» de «El Progreso», nuestro compañero el «El Reporter cinematográfico» del mencionado colega, dice que le interesaría conocer nuestra opinión respecto a las tituladas «Academias cinematográficas» y a «los que piden dinero para hacer una película».

Desde luego, como ya debe suponer el



Una escena de la película nacional «Los hijos del trabajo»

distinguido compañero, siempre estaremos dispuestos a combatir con denuedo a toda esa invasión de timadores que no cejan ni un momento, valiéndose de cualquier medio, de explotar los aficionados al cine y timarles inicuaamente.

Todas esas academias de dudosa morali-



Un futuro chasquido, capaz de derretir la nieve que se admira en «Valiente, maestro en amor»



Lentamente los dos labios van a unirse en esta escena de «Valiente, ma estro en amor»

dad, debieran ser clausuradas gubernativamente, sin esperar ni un momento y hacer castigo ejemplar a sus «listos» directores.

Respecto a «los que buscan dinero para hacer una película», es ya asunto más difícil de remediar, pues como esos «productores» se dedican únicamente a hacer el amor a tal o cual señor, si éste es un incauto, su caída es segura, dígase lo que se diga, en toda la prensa del mundo, aunque desde luego el número de estos disminuiría muchísimo.

Pero como EL CINE se debe al público y éste es el principalmente timado, brindamos nuestras páginas al querido compañero «El reporter cinematográfico» de «El Progreso», para que explique ampliamente a nuestros lectores queridos — como no podríamos hacerlo nosotros —, los numerosos timos que él conoce, y así podrán percatarse de la razón que nos asiste.

Y mientras tanto, por creerlo de vivísimo interés, copiamos a continuación párrafos de una carta que un timado dirigió al distinguido colega ya nombrado, y que éste publica. «Instado por algunos ami-

gos míos que han trabajado en algunas películas, haciendo papeles de poca importancia, acudí a una casa de la Izquierda del Ensanche, donde me habían dicho que iba a comenzarse la filmación de una película.

Precisamente necesitaban un galán joven, y como yo he sentido siempre grandes deseos de ser artista de la pantalla, pensé que podría realizar mi sueño dorado.

Me recibió muy amablemente el dueño de la casa, quien desde el primer momento pareció encantado de mi visita. Al saber que yo era lo que se llama un «chico bien» — familia rica, buena ropa, pesetas en el bolsillo, etc., etc. —, me dijo que contaba con un papel en la película, pues precisamente le hacía falta un joven de porte aristocrático, cosa difícil de encontrar, puesto que entre los aficionados abundaban los obreros y los dependientes de comercio.

Me tragué el anzuelo. Cada día iba a ensayar, pues el comienzo de la filmación era cosa de pocos días. Entre tanto, para bienquistarme con el dueño, le convidé dos o tres veces a comer y procuré agasajarle lo mejor que pude.

Cuando llevaba dos o tres semanas yendo por allí, un día me dijo: — He pensado una cosa, a ver qué le parece. Yo iba a hacer la película solo, sin ayuda económica de nadie, pero he cambiado de opinión. Para que el film sea una cosa seria y pueda competir con los mejores hechos en España, necesito dos o tres mil pesetas. Yo llevo distribuidas más de veinte mil, pero hay algunos pequeños detalles que, de poder resolverlos mediante esa pequeña cantidad, harían perfecta mi película. ¿Quiere usted ser mi socio? Quizá no necesite tanto, pero me precisa saber si, en caso de hacerme falta, puedo disponer de ellas.

Convencido de que iba a trabajar en seguida ante el objetivo y además de que iba a ganar la mar de dinero con mi aportación, dí dos mil quinientas pesetas. No hay que decir que aquel tío desapareció como por ensalmo y que, a pesar de haber yo presentado la correspondiente denuncia a la policía, no ha podido echarse el guante...»

EL CINE lo confeccionan verdaderos entusiastas del Arte Mudo y este es el secreto de su éxito



Mucha simpatía y cariño se derrama en esta escena de «Los hijos del trabajo»

La locura del día CHARLESTÓN

Conclusión

Próximamente aparecerá
En el silencio de la noche

Un tomo de 128 páginas y una preciosa portada a tres colores

Poesías escogidas de **JUSTINO OCHOA** uno de los más sinceros y brillantes poetas españoles

Avalora dicha obra, un prólogo debido al insigne vate **EDUARDO MARQUINA**

Precio : 2 ptas.

De venta en esta Administración

NUESTRO CONCURSO

Gazapos pelicularos

LAS SIRENAS DE NUEVA-YORK. — Poco después de la escena en que Miguelito entrega a Grace un cheque fechado en el año 1921, se baila el «charlestón». ¿Cómo es posible este baile en aquel año, si el «charlestón» es casi de ahora mismo? Quizás esto tenga un mérito; el de anticiparse al porvenir adivinándolo, o si la escena se refiere al presente, hacer un pago con un documento vencido, que aún tiene más lance, sobre todo si lleva protesto de Notario. — J. A. F., El Grao.

SE NECESITA UN LADRON. — A Moluchet, en la escena en que disfrazado de sacerdote huye de su imaginario perseguidor, se le destroza, entre dos árboles, el paraguas que llevaba abierto, pero al llegar, jadeante por la corrida que ha dado, a casa de Jim Casson, lle-

Peluquería de Señoras
ANTONIO VILA
Masaja, Manicura, Depilación de las cejas, Champú, Ondulación (Marcel y permanente), Tintura Henné a 12 pesetas aplicación.
SANTO DOMINGO, 15, y SAN PEDRO MARTIR, 50
Teléfono 2975 G. :: GRACIA

ESTE NUMERO HA SIDO VISADO POR
— LA CENSURA GUBERNATIVA —

va el paraguas en perfecto estado, nuevito.

Pues los señores pelicularos contribuyentes de la escena transcrita, presentan su obra ante el tribunal de la opinión pública, séame permitido, como parte integrante que soy del mismo, que emita mi voto favorable a que dichos señores se reintegren al aprendizaje de su arte en una buena escuela de cinematografía, hasta que hayan aprendido bien a estropear paraguas pelicularmente. — Srta. Remember, Barcelona.

TRES HOMBRES MALOS. — Miguel Rojo, momentos antes de morir, está en un depósito de dinamita, y los de la banda Hunter disparan hacia él sin que la lluvia de balas haga hacer explosión a la dinamita, lo que ocurre después al contacto o choque de la pipa de Miguel. La verdad es que esta escena es más mala que los «Tres hombres malos». — N. Y. D., Barcelona.

EL COCHE NUM. 13. — El padre de Lily Damita, para distraer a su adorada muñequita, le dice que se prepare para emprender un viaje por Europa, y se lo dice estando en París.

Es un pequeño lapsus que se comprende. A cualquiera se le descentra la geografía con estos calores y hasta el humor de tirar de algún pelillo a los pelicularos. — J. A. S., Igualada.

EL VAQUERO ERRANTE. — Persiguiendo el protagonista al caballo salvaje «Pelo de oro», se desencadena wagnerianamente una tempestad, rayos y truenos, agua, viento, relámpagos y miedo parecen anunciar el fin del mundo! ¿Qué hará el vaquero en tal situación, no teniendo a mano un paraguas siquiera? Sencillamente, terco que terco sigue persiguiendo a «Pelo de oro» y en tal ocupación le nace encima un impermeable muy lechuguino, pues sucede ésto de modo que la imperfección del ojo

humano no alcanza a ver de dónde, ni cuándo, ni cómo le provien al vaquero el regalillo pelicularo. — R. M., Barcelona.

EL TENORIO TIMIDO. — En una escena, Harold recibe un cheque del editor de su novela «El secreto para enamorar» y lo rompe creyendo es otra cosa, pero luego advertido el error por el tío de Harold, éste lo lee, apareciendo entonces el cheque entero y flamante.

¡Qué lástima que no yo no lo hubiese sabido antes, cuando inadvertidamente rompí en trozos un billete de la Lotería premiado! Lo habría mandado pasar por un lente cinematográfico y billete y yo afortunados..., si me lo hubiesen pagado. — E. de la P., Madrid.

SOMBROS M. RIEMBAU

La casa preferida por todas las señoras elegantes por su gran variedad en los modelos, chic y económica.

Recibida la nueva colección para la presente temporada.

Unión, núm. 13 - BARCELONA

El negocio le fué bien al matrimonio Frenay, que se compró un Ford, con el que recorrían felices los bellos alrededores de Hollywood.

De cuando en cuando, reciban el aviso de algún director para desempeñar, ella o él, algún papel de «extras», y ambos, solícitos, con la sonrisa en los labios, acudían prontos, más por el deleite de la profesión y el remoto entusiasmo de la fe, que por la modesta remuneración concedida.

Norah y yMary recibieron una buena impresión de aquel matrimonio. Pedro Frenay las aconsejó en seguida, con el aire protector de quien sabe mucho de un asunto, sobre cómo debían obrar en los estudios. Durante el almuerzo les explicó detalles e intimidades de Hollywood en una mezcla extraña de felicidad y amargura.

Cuando se enteró de que iban a trabajar con Freedman, en la «Norma», frunció el ceño, dirigiendo a su esposa una sonrisa misteriosa. Pedro Frenay tenía buen fondo; sus ilusiones de hombre de buena fe se habían amargado con la experiencia y comprendió pronto que Norah y su acompañante estaban muy lejos de ser el tipo de mujer frívola que abundaba por allí.

—¡Ya! Freedman. Es un buen director de escena y hace unas comedias muy graciosas; únicamente...

Su joven mujer le interrumpió con una sonrisa maliciosa.

—No sé para qué te metes a juzgar lo que no te importa. Sobre todo, Freedman es aquí un hombre de fama.

—No hablaba de él; hablaba de «sus estudios» — insistió sentenciosamente Frenay—. Lo sabes mejor que yo. Una vez trabajaste allá, pero no volverás a hacerlo... Hay demasiada lagarta y demasiados lagartos.

La esposa de Frenay lanzó una carcajada.

—Es celoso, ¿saben? — dijo alegremente—. Y tiene la idea estúpida de que la mujer que quiere hacerse respetar no lo consigue en todas partes ni puede ir a todas partes.

Pedro Frenay se encogió de hombros, cargando filosóficamente su pipa y terminando sentenciosamente:

—Por si acaso, anden alerta, jóvenes.

Aquella noche Norah, en la soledad de su dormitorio,

Mary destacaba bastante. No era, como sus compañeras, carne bella y fresca; se adivinaba en Mary a una mujer en la que dominaba el espíritu.

Norah intimó con Mary. Hizo conocimiento con ella viéndola acariciar a Jackie, que se recogía a su lado como un perrillo asustado por cosas no previstas.

Al llegar a Los Angeles, muy pocos siguieron el viaje a Hollywood. La mayor parte de ellas se quedaron en la gran ciudad californiana. Era sábado y su presencia no precisaba en los estudios de Hollywood hasta el lunes por la mañana.

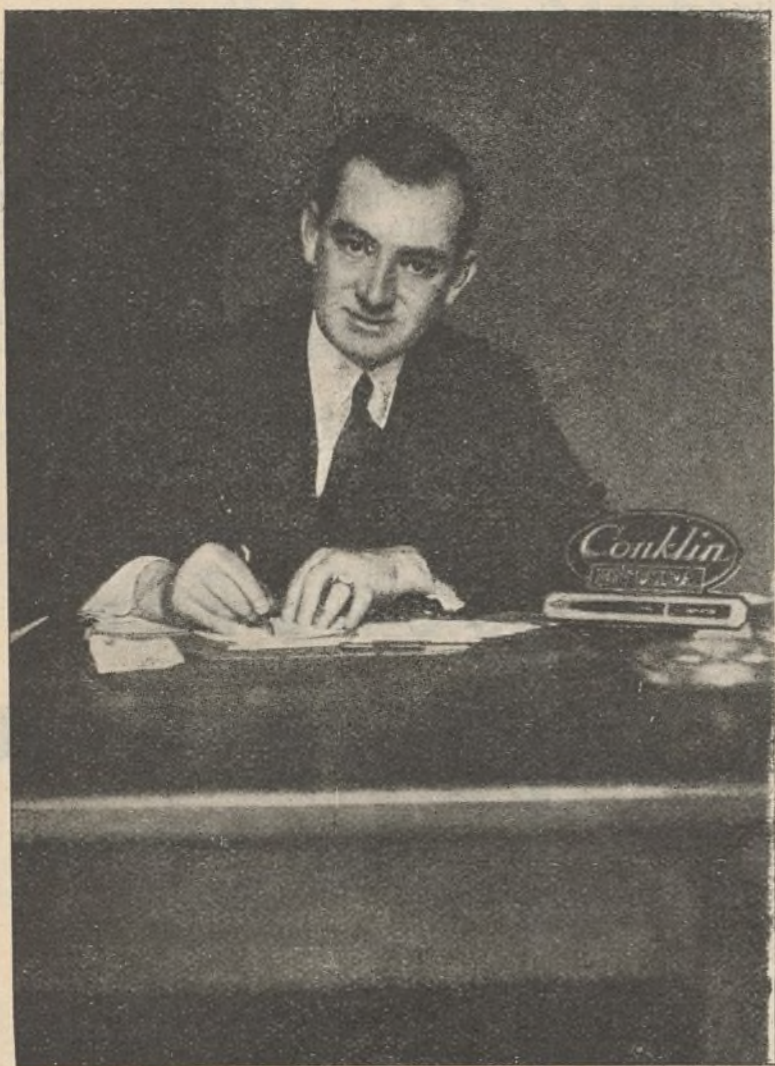
Pasaron el día visitando la linda ciudad. Se despararon en ella, librándose de la larga esclavitud del ferrocarril. La alegría del triunfo y la proximidad del escenario de sus éxitos las enloquecía.

El lunes llegaron a Hollywood. La célebre ciudad cinematográfica está cercana a Los Angeles. Hollywood es una consecuencia de las exigencias cinematográficas. Antes, las películas se hacían en cualquier parte. Las compañías cinematográficas se contentaban con tener unas oficinas y laboratorios amplios, que era lo esencial. Los escenarios eran al aire libre. Si hacía falta un palacio, en todo se pensaba menos en edificarlo, naturalmente; se aprovechaba algún viejo caserón desalquilado, se utilizaba el galante permiso de un propietario afable que creía un prestigio el ver salir su mansión en una película cinematográfica.

Cuando los americanos iniciaron su intervención en la cinematografía, los negociantes y financieros se dieron cuenta de que el secreto de la hegemonía cinematográfica estaba en la monumentalidad.

En los tiempos heroicos del cinematógrafo, las escenas se tomaban en los parques y en las mismas calles. Después, la moderna técnica impuso un aislamiento artístico del actor y del operador. De aquí surgió el estudio, verdaderos cotos encantados en que, como en un cuento de magia, nacen ciudades y mueren al misterioso sortilegio de gnomos en mangas de camisa que gritan, gesticulan y hablan un inglés endiablado.

Hollywood es una ciudad nacida, como Venus, de la



El tenor **Ricardo C. Lara** firma los sellos de sus discos con la famosa pluma **Conklin Endura**

LA VENDEDORA DE FOSFOROS.

Mary adopta al pequeño huérfano que vaga comiendo granujadas por la ciudad. Se lo lleva a su casa, lo introduce en el cuarto de baño, le hace quitar el roto y andrajoso traje que viste y le manda tomar un baño para limpiarse. Transcurre (se supone), tiempo; el asesinato del cuñado de Mary, la detención del sobrino de aquél por creérsele culpable, la vista del proceso de dicho drama, etc., y aparece una escena donde Mary acaricia y abraza al huérfano que, cosa incomprensible, lleva puesto el mismo traje con los mismos rotos y desgarrones que el día que por primera vez entró en casa de su madre adoptiva. Voy viendo por este y otros casos semejantes, ya comentados en esta sección, que los pelicularos tienen propensión a que algunos personajes guarden la ropa sucia, meses y años. ¿Tan escasos van el agua y el jabón? — Ed. S., Barcelona.

RICARDITO SONAMBULO. — En una de sus crisis de sonambulismo, Ricardito se levanta de la cama y sale descalzo,

pero ya fuera de casa lleva unas zapatillas. Me quedo extático ante esas zapatillas, y poquito a poco me va entrando un sueñecito... más dulce... que ya vale la entrada al cine que he pagado! — J. G. L., Zaragoza.

PARIS EN CINCO DIAS. — Dolly Davis y Nicolás Rinsky, paseándose en sus respectivas bicicletas por una carretera, caen, ella encima de él, y los dos al suelo; pero las bicicletas aparecen transpuestas en el orden de caída de sus dueños, o sea la de Nicolás encima de la de Dolly. ¿Cómo sucede eso? No lo entiendo; aquí ha pasado algo o debe de haber truco encerrado. — J. A. F., Badalona.

EL GRAN DESFILE. — Jaime (John Gilbert), al final de la novena parte, tiene un pie cortado, y en la décima parte, cuando va en busca de Renée Adorée, ya tiene el pie y cojea. Hay que deducir que lleva un pie artificial, pero algún letrerito podía haber puesto al público en antecedentes. — A. R. F., Melilla.

FAJAS "MADAME X" PARA ADELGAZAR

Antes de hacerse un vestido compre usted la faja de Caucholína "MADAME X" al instante reducirá su talla, rectificará su línea mejorará su silueta y en pocas semanas adelgazará.



"MADAME X"
ESTABLECIMIENTO EXCLUSIVO PARA SEÑORAS
PASEO DE GRACIA, 127
SECCIÓN PARA CABALLEROS
RONDA DE SAN PEDRO, 12

Comprará V directamente de fábrica sin intermediarios y si fuese conveniente se le hará su faja a medida.

Enviamos catálogo ilustrado.

Contestamos correspondencia.

espuma de un mar. Aun es joven Hollywood, pero crece y se redondea con una fecundida maravillosa.

Es un pueblo de artistas. Sus habitantes, en su mayoría, han conseguido resolver ese problema de tan tradicional estirpe británica, del hogar. Todo inglés sueña con una casita propia, lejos de la ciudad, entrada en la pradera, con un jardín y un huerto y un «sitting-room», con un sofá cómodo y unos cuantos sillones mullidos y amorosos junto a la chimenea.

Las casas de Hollywood son así. Extrañas para un latino, normales para un anglo-sajón: parque, planta baja y dormitorios arriba, comunicados por una escalera interior.

Hollywood es una población de hotelitos; éstos tienen sus jerarquías. Son hotelitos, en su mayor parte ligeros, muchos de madera, pero preciosos, con su jardín y su automóvil a la puerta.

Los domingos por la mañana se ve al propietario, acaso un célebre actor, vestido de mecánico, debajo de su automóvil, cuidándolo y curándolo de las heridas de la jornada última. O a la actriz ilustre que «posa» con ricos atavíos ante el objetivo del operador, entretenida ahora en recortar con unas grandes tijeras, los simétricos maticos verdes de su jardín.

La aristocracia de estos hotelitos depende de la amplitud y esmero del parque que la rodea y la ostentación de su mueblaje.

Los actores y actrices viven espléndidamente y entre ellos existe ese prurito de los nuevos ricos: el automóvil y el palacio, los dos motivos heráldicos del dinero.

Norah y Mary fueron a hospedarse en la misma pensión. En Hollywood, ciudad de ir venir, pululan las casas particulares que se dedican a tener huéspedes.

Norah y Mary, asociados por la misma soledad, fueron a parar al domicilio de un tal Pedro Frenay, hombre de cerca de cincuenta años, casado con una joven de apenas veinticinco. Pedro Frenay era, en parte, un desilusionado del cinematógrafo.

Hacia varios años que llegó a Hollywood con escaso dinero, atraído por la tentación de la fortuna. Hollywood es, en América del Norte, lo que eran para Europa las

arenas auríferas en el pasado siglo: tentación de emigrantes.

Todo el mundo sabía que uno de los procedimientos para hacerse más pronto rico, consistía en entrar con suerte en los estudios cinematográficos. Los jóvenes americanos; las muchachas, modistas, mecanógrafas, empleados de Banca y mercaderes; los muchachos inquietos e impacientes por abrirse paso presto en el intrincado sendero de la suerte, miraban como panacea de sus ambiciones a la misteriosa vida de los estudios cinematográficos.

Hollywood era el emporium, el centro irradiador de las actividades. Allí estaba el yacimiento aurífero; entre sus arenas se escondían las pepitas doradas; pero sus arenas eran movedizas y en ellas se enterraban muchas ambiciones y muchas esperanzas.

Pedro Frenay era una de éstas. Llegó, vió y fracasó. Fué a Hollywood cargado de ilusiones y año tras año, como en el talonario de cheques que, número tras número, desgaja los restos de una fortuna, Pedro Frenay fué agotando su tesoro de esperanzas.

Infinitas veces llamó a las puertas encantadas de los estudios y apenas si consiguió que le abrieran a regañadientes y de limosna.

Los directores de las casas productoras se apiadaron al fin de aquel naufrago, admirándose de su tenacidad y de su fe, y le ofrecieron algunos papeles modestísimos de «extra», es decir, de relleno en los argumentos.

Estos primeros éxitos de Frenay le entusiasmaron, creyendo que ya estaba en camino de triunfar; pero los años transcurrieron y en los estudios, Frenay no pasaba de ser un modesto «extra».

Por entonces conoció a la que era ahora su mujer, también una aspirante a «estrella». Ambos sintieron el dolor del fracaso y con la solidaridad de la miseria y acaso de la remota esperanza, se casaron y alquilaban una preciosa casita de madera rodeada por un lindo jardín. Ellos ocupaban una parte de la mansión y el resto la alquilaban a otros argonautas que iban y venían y volvían a ir y volvían a volver en la inquietud perenne de la ciudad misteriosa.

Muy pronto admiraremos la gran producción

?

¿Dónde se proyectará?

Nuestro concurso

Gazapos pelicularos

Es de todos bien conocida la importancia y maestría que ha logrado alcanzar la cinematografía, pero tampoco nadie ignora que a pesar de todo, en la confección de algunas películas suelen escaparse algunos defectillos, como son las equivocaciones, de contrasentido, falsedad de época o lugar, descuidos, títulos intempestivos fuera de sitio, mala redacción, etc., que causan tanto la indignación de los amantes del arte sileante, como la risa del público.

Tales equivocaciones o descuidos son en su mayoría corregibles, y a fin de ayudar con nuestros pequeños medios a los cinematografistas, y al mismo tiempo que sirva de solaz entretenimiento a nuestros queridos lectores, hemos creído adivinar el pensamiento de millares de personas, inaugurando esta nueva, a la par que interesantísima sección, en la cual podrán colaborar todos nuestros lectores, con la única condición de que sus notas han de ser fiel reflejo de la verdad, y revestido de la más absoluta buena fe.

BASES

Toda nota debe venir acompañada con el cupón convenientemente llenado que insertamos al pie, en sobre abierto y franqueado con un sello de cinco céntimos sin cuyos requisitos no será publicada.

De la veracidad del escrito enviado responde únicamente el remitente, no haciéndonos, en caso alguno, solidarios de las notas enviadas y publicadas.

Las notas remitidas serán publicadas por orden riguroso de recepción.

PREMIOS

Mensualmente se premiarán los Cuatro mejores Gazapos recibidos con la suma de 20 pesetas el primero; 10 el segundo y 5 pesetas cada uno, el tercero y cuarto.

El importe de los mismos será remitido, bien por giro postal u otra forma más conveniente, a la dirección del concursante premiado, inserta en el cupón.

CONCURSO DE GAZAPOS PELICULEROS

D. habitante en

Provincia de calle núm.

viso puerta remite para el concurso, y de absoluta conformidad con las bases publicadas, el gazapo de la película

que es como sigue

UNA TEMPORADA MAS Y OTRO GRAN TRIUNFO MAS

Este antiguo lema de la casa Gaumont acaba de adquirir, con la finalización de la presente temporada, el prestigio de una nueva y rotunda confirmación, gracias a las grandes

**Selecciones
GAUMONT**

**Diamante
AZUL**



Miguel Strogoff o El
Correo del Zar



El beso de la Victoria



El asalto al ambulante
de correos



El salvador de la patria



Los Miserables



¿Chico o chica?



La jaula de los leones



Bajo la metralla

Que han elevado el **Programa Gaumont** a la cumbre de la supremacía